LIBRO dot.com

MALVALOCA
SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Malvaloca

Drama en tres actos

Laureado por la Academia Española con el premio de Espinosa y Cortina

Librodot

PERSONAJES

MALVALOCA

JUANELA

MARIQUITA

HERMANA PIEDAD

TERESONA

ALFONSA

DOÑA ENRIQUETA

DIONISIA

HERMANA CONSUELO

HERMANA DOLORES

HERMANA CARMEN

LEONARDO

SALVADOR

MARTÍN EL CIEGO

BARRABÁS

EL TÍO JEROMO

LOBITO

UN OPERARIO

Acto primero

En Las Canteras, pueblo andaluz, hay un convento de fecha remota, conocido por el Convento del Carmen. Al pasar a mejor vida, de puro vieja ya, la última de las madres allí consagradas al amor divino, vinieron a heredar la vetusta Casa las Hermanitas del Amor de Dios, congregación semejante a la de las Hermanas de los Pobres. Hay en el convento al comenzar la acción de esta obra, hasta seis ancianos recogidos, de quienes cuidan las hermanas con solicitud y bondad extremas. Este primer acto pasa en uno de los corredores o galerías del claustro, por cuyos altos arcos se ve, al fondo, toda la extensión de lo que fue jardín, hoy convertido casi completamente en huerta, ya que, más que flores, da frutos. Cierra el corredor, por la derecha del actor, un muro, donde hay una gran puerta, denominada de la Cruz, porque sobre ella, en el muro, está incrustada una de palo. En el propio muro, a la altura de la mano, y encima de una repisa tosca, se ve una imagen de San Antonio, pequeñita, ante la cual hay un bote lleno de garbanzos. Uno de los arcos centrales da paso al jardín. En el corredor hay dos o tres sillas y algún banco. Es por la mañana en un día de sol del mes de abril.

(Barrabás, viejecito asilado, de buen humor y malas pulgas, que hace en el convento de jardinero y de hortelano, trajina en sus dominios. Al fondo, allá lejos, a la sombra de un arbolillo, la hermana Carmen, abstraída y silenciosa, cose sin dar paz a la mano. Alguna vez, las escenas que pasan a su alrededor la distraen un momento de su tarea; pero en seguida vuelve a fijar la vista y la atención en lo que está haciendo.

Por la izquierda del jardín salen la hermana Dolores y la hermana Consuelo, con sendos bolsos de pedir limosna. Pasan al corredor por el arco central y desaparecen por la puerta de la Cruz.

Barrabás dice en su picaresco monólogo:)

BARRABÁS.— Dos en dos,

por la sombra y no por er só:
Hermanitas del amor de Dios.

¡Je! ¡Versos míos!

Pedimos pa los pobres;

denos usté lo que sobre,
y si pué sé plata mejó que cobre.

¡Je!

(Por la puerta de la Cruz sale Martín el Ciego, que, para ayudarse a caminar, lleva un palo en la mano. Es más viejo y está más destruido que Barrabás. Marcha, callado, a lo largo del corredor. Barrabás, que lo ve, lo detiene hablándole.)

¡Se dice güenos días!

MARTÍN.— Güenos días. No sabía que estaba usté ahí, señó Barrabás.

BARRABÁS.— De más lo sabía usté, señó Martín.

MARTÍN.— Como usté quiera.

BARRABÁS.— Porque usté no ve, pero güele.

MARTÍN.— Como usté quiera. Güenos días.

BARRABÁS.— ¿Se va usté a tomar er só?

MARTÍN.— Con permiso de la hermana Piedá.

BARRABÁS.— No hay como anda siempre bailando el agua para conseguí favores. Pero ése no es mi genio.

MARTÍN.— Ni er mío tampoco. Ni quieo discusiones con usté. Y hase usté malamente en criticá las cosas de esta Casa, donde está usté recogió por caridá, lo mismo que yo.

BARRABÁS.— Hay arguna diferensia, compadre. Yo no soy ningún trasto inúti como usté; yo soy aquí un hombre que trabaja en la güerta y en er jardín. Y gano er pan que como. ¡Y er que se come usté también!

MARTÍN.— A usté no le debo yo na. Yo también trabajo.

BARRABÁS— ¡Usté me dirá lo que hase! ¡Va ya pa dos años que no sube a la torre!...

MARTÍN.— Hago lo que las hermanas me mandan.

BARRABÁS.— Sólo que como no le mandan a usté na, se da usté la vía de un canónigo.

MARTÍN.— Le digo a usté que no quieo discusiones. Quéese usté con Dios.

BARRABÁS.— ¿Qué le ha paresío a usté hase poco er repique que ha dao la *Golondrina?*. ¡Vaya una campana, compadre!

MARTÍN.— To se le güerve a usté veneno en er cuerpo, señó Barrabás.

BARRABÁS.— Por eso me conviene sortarlo.

MARTÍN.— *(Yendo un poco hacia él, con sincera y honda emoción.)* La *Golondrina* de

Librodot

esta santa Casa es una campana que ar presente está rota y no suena como sonaba, porque Dios lo ha querío; pero cuando la vorteaban estas manos, la *Golondrina* sonaba como no han sonao campanas en er mundo desde que hay cruces en los campanarios. Y usté lo sabe tan bien como yo, sino que se gosa en oírme.

BARRABÁS.— ¿Ni la *Sonora* de la Iglesia Mayó ha tenío tampoco mejores voces?

MARTÍN.— ¡Ya está con la *Sonoral* ¡La manía de tos los de aquer barrio! ¡Compara a la *Sonora* con la *Golondrina* der Carmen! Es mesté sé sordo pa eso.

BARRABÁS.— ¿Ahora también, señó Martín?

MARTÍN.— De ahora no se trata. Si está rota desde hase ya tres años cumplios, ¿cómo quie usté que suene? ¡Que se alegren, que se alegren de la *Sonora*, que bastante tiempo han vivió con la pesaíya de la *Golondrina*!

BARRABÁS.— Pa mí que lo que ha pasao, ha sío que er Padre Eterno, paseándose por las nubes una tarde...

MARTÍN.— Deje usté en paz las cosas santas, señó.

BARRABAS.— ...lo oyó a usté toca la campana. ¡Tin... tan! ¡Tin... tan!... Y se conose que, pa sus barbas, fue y se dijo: «Hombre, hombre, esa campana suena demasiao bien para está en Las Canteras, que ar fin y ar cabo no es más que un pueblo». Y a un angelito que andaba de viaje por Andalusía, le mandó que la cascara de un martiyaso. ¡Je! ¿No le parece a usté? ¡Envidia que tuvo Dios en er sielo!

MARTÍN.— ¡La envidia er que la tiene es usté en la tierra peaso e poyino, sayón, hereje! A la Superiora vi a desirle que le prohiban a usté habla conmigo. Na más que eso.

(En esto aparece por la puerta de la Cruz la hermana Piedad y corta la disputa. Esta hermana es joven y bella, humilde y suave. Su habla es ingenua y reposada. No es andaluza.)

Hª. PIEDAD.— ¿Ya estamos como de costumbre? Temprano empieza el día.

MARTÍN.— Este hombre, que no hase más que buscarme las purgas.

BARRABÁS.— ¿Yo? ¡No tendría mar trabajo!

Hª. PIEDAD.— Pero, usted también, Martín, ¿por qué no sigue su camino?

MARTÍN.— ¡Porque no me deja!

Hª. PIEDAD.— ¿Le pone a usted redes como a los pájaros?

MARTÍN.— Me dise unas cosas que no hay manera de seguí adelante sin responderle.

Hª. PIEDAD.— A palabras necias...

BARRABÁS.— ¿Eso de nesias va conmigo?

Hª. PIEDAD.— Precisamente.

BARRABÁS.— Pos lo que toca hoy, no le he hecho más que darle los güenos días. Más vale cae en grasia que sé grasioso.

Hª. PIEDAD.— Aquí no hay preferencias para nadie, Barrabás. Ni nos curamos de las gracias. Los bufones ya no los paga el rey. De memoria me sé sus mañanas, y de memoria también cuál era la disputa. ¡Todos los días la misma!

MARTÍN.— ¡La misma tos los días, hermana Piedá! Dígaselo a la Superiora.

Hª. PIEDAD.— Pues quién sabe si Dios va a castigarlo a usted —a usted, Barrabás, a usted le hablo— y le va a mandar una rabieta. Como el milagro que yo espero llegue a obrarse...

BARRABÁS.— ¡Los milagros no son de estos tiempos!

Hª. PIEDAD.— ¡Silencio, Barrabás! ¿Cómo se entiende? Ande, ande a su trabajo. Y usted, Martín, a su camino.

MARTÍN.— Dios la guarde.

(Barrabás se interna hacia la derecha del jardín sin replicar palabra. Martín desaparece por el corredor.

Viene Leonardo por la izquierda del jardín. Es hombre como de treinta años y de apariencia modesta y sencilla. Su fisonomía es adusta, y curiosa y penetrante su mirada. Trae el sombrero en la mano, dejando al descubierto la cabeza, poblada de fuerte y abundante cabello. Tiene toda su persona un aire de energía varonil que la hace simpática. La hermana Piedad lo ve venir y lo espera sonriéndole con dulzura.)

Hª. PIEDAD.— Santos y buenos días, caballero.

LEONARDO.— Buenos días, hermana.

Hª. PIEDAD.— ¿A ver a su amigo, verdad?

LEONARDO.— A acompañarlo un rato. Ahora no tengo cosa mayor que hacer allá.

Hª. PIEDAD.— Aquí estaba hace media hora. Andará por ahí de conversación con los ancianos. Tiene tan buen ángel... Y le gusta mucho charlar con ellos.

LEONARDO.— Con ellos y con todo el mundo. Le da palique al primero que pasa. No sabe callar. Eso sí: su conversación tiene miel. Y de usted y de toda esta Casa empieza a hablar y no concluye.

Hª. PIEDAD.— *(Bromeando.)* ¡Ah!, ¿sí? Pues lo advierto a usted que somos muy interesadas. Es posible que pidamos algo por cuenta de esa gratitud.

LEONARDO.— Lo que yo pueda dar... Y de él no se diga.

Hª. PIEDAD.— Hablaremos los tres. Voy por allá adentro a buscarlo. Tal vez esté con

don Jacinto.

LEONARDO.— ¿El cura?

Hª. PIEDAD.— No, señor: un asilado que también se llama don Jacinto. ¿No se ha fijado usted en un viejecito muy pulcro, casi siempre solo?...

LEONARDO.— Ya sé, ya sé quién dice.

Hª. PIEDAD.— Pertenece a una gran familia sevillana que ha venido a morir aquí. Finales de vidas que nadie puede adivinar. A todos, es claro, los tratamos con bondad y cariño. Para con él hay que añadir la cortesía. Todo lo humilla y lo desconsuela. En su amigo de usted ha encontrado un buen camarada.

LEONARDO.— Es doloroso el caso. ¿Se da con frecuencia?

Hª. PIEDAD.— En asilos más numerosos que éste, sí, señor. Aquí casi todos son de familias pobres. Algunas tanto, que hay asilado que guarda algo de lo que se habría de comer para regalárselo luego a los parientes que vienen a visitarlo.

LEONARDO.— Es interesante.

Hª. PIEDAD.— Avisaré a su amigo.

LEONARDO.— Deje, usted, hermana; iré yo.

Hª. PIEDAD.— ¡No faltaría otra cosa! ¡Siéntese usted, que en seguida viene! (Se *va por el jardín, hacia la derecha.)*

(Leonardo pasea un momento en silencio, y de pronto se fija en la repisa de San Antonio. Barrabás, que ha vuelto a aparecer, acecha el instante de pegar la hebra con el recién llegado.)

LEONARDO.— ¡Qué niñería! ¡Hoy tiene garbanzos el santo! Y anteayer, aceite y vinagre. Yo no entiendo esto.

BARRABÁS.— ¿Está usté reparando en er bote de San Antonio?

LEONARDO.— ¿Eh? Sí, señor.

BARRABÁS.— ¿No sabe usté lo que sirnifica?

LEONARDO.— No, señor. Y desde que frecuento esta Casa me llama la atención un poco; pero no gusto de preguntar.

BARRABÁS.— Pos yo se lo vi a esplicá a usté sin que me lo pregunte. ¡Je!

LEONARDO.— Bueno.

BARRABÁS.— Como esta Casa se sostiene de la caridá, en cuanto la hermana despensera ve que hase farta arguna cosa, pone un puñaíto de lo que hase farta en er bote de San Antonio. Yega una persona caritativa, derrama la vista pa er santo, repara en los garbansos o en lo que

sea, y ya sabe de lo que tiene que manda. Y manda una boteya o un saquito. Y las hermanas disen luego que San Antonio es er que lo manda.

LEONARDO.— Ya.

BARRABÁS.— Y San Antonio está tan ajeno a los garbansos o al aseite como usté y como yo.

LEONARDO.— ¡Es claro!

BARRABÁS.— Así son los milagros der día. Si yo le contara a usté más e cuatro cosas...

LEONARDO.— No, no quiero saber más.

BARRABÁS.— Es que en este asilo...

LEONARDO.— Bien está, bien está, señor.

BARRABÁS.— Usté disimule. *(Leonardo se sienta a fumar. Barrabás vuelve a acercársele sonriente.)* ¿Y un sigarrito, me da usté, cabayero?

LEONARDO.— *(Con muy buen agrado.)* Sí, hombre; eso sí. Tome usted un par de ellos, si quiere.

BARRABÁS.— Sí, quiero. Y mu agradesío. Er tabaquiyo es lo único que le quea a uno de otros tiempos. Y es lo único también que nunca manda San Antonio. Se conoce que er santo no fuma. Tenemos que contentarnos con los pitiyos anémicos que nos hasen las madres. *(Leonardo sonríe.)* La primera vez en mi vía que lo veo a usté, risueño. ¿Está usté malo del estómago, por casualidá?

LEONARDO.— No, señor.

BARRABÁS— Son dos carárteres mu distintos usté y don Sarvadó.

LEONARDO.— Bien está, bien está.

BARRABÁS.— Usté disimule. *(Vuélvese al jardín reliando el cigarrillo que va a fumarse. A poco exclama, echando la mirada hacia la izquierda.)* ¿Quién es aqueya paloma que viene aquí? ¡Cosa más rara en esta Casa!...

(Llega Malvaloca. Se detiene un punto en medio del jardín, mirando a todos lados, como quien duda adonde dirigirse, y al ver a Leonardo en el corredor vuela hacia él. Malvaloca es bella: su cara, risueña y comunicativa; su cuerpo, gentil y ligero; su traza, popular. Sus cabellos negros, rizados y cortos, parece que los sacude al aire, según se agitan a impulsos de la nerviosa actividad de la cabeza, llena de fantasías y disparates, que se mueve como la de un pájaro. Viste falda de un solo color, blusa blanca, zapato de charol con hebilla, y mantoncillo de seda negro puesto a modo de chal. Trae ricos pendientes, sortijas y pulseras, que contrastan con la sencillez del vestido. Leonardo al verla aparecer, se levanta un poco sorprendido. Barrabás se acerca a la hermana Carmen como para comentar la

visita. Luego se aleja.)

MALVALOCA.— Buenos días.

LEONARDO.— Buenos días.

MALVALOCA.— ¿Éste es el Asilo de las Hermanitas del Amor de Dios?

LEONARDO.— Este mismo.

MALVALOCA.— Grasias. Yo vi er postiguiyo abierto, y me entré; pero en mita er jardín temí haberme metió en otra parte.

LEONARDO.— Pues éste es el Asilo.

MALVALOCA.— Sí; ya veo ayí una monja. Y... ¿usté podrá desirme...?

LEONARDO.— ¿Qué?

MALVALOCA.— ¿Es aquí donde están curando a un herido...?

LEONARDO.— Aquí es.

MALVALOCA.— ¿Usté ya sabe por quién pregunto?

LEONARDO.— Por Salvador García, ¿no?

MALVALOCA.— Cabalito; por Sarvadó Garsía. ¿Cómo está?

LEONARDO.— Ya está casi bueno.

MALVALOCA.— ¿Sí? Pero ¿ha estao grave?

LEONARDO.— Grave no diré yo. Ha sufrido bastante. Las quemaduras fueron horribles, y las curas muy dolorosas.

MALVALOCA.— En Seviya corrió que se había achicharrao en una fragua.

LEONARDO.— ¡Ave María Purísima!

MALVALOCA.— Cosas de la gente, ¿verdad? Me lo dijo... ¿Quién me lo dijo a mí? ¡Ah! Matirde la Chata, que nunca lo ha mirao con buenos ojos.

LEONARDO.— ¿Usted viene ahora de Sevilla?

MALVALOCA.— Ahora mismo. No he hecho más que arreglarme un poco y busca er convento. Y venío por enterarme de la verdá: por salí de dudas; por verlo a é.

LEONARDO.— Es usted buena amiga suya, según parece.

MALVALOCA— ¡Uh! *(Este ¡uh! de Malvaloca es como un trino. Lo emplea siempre con inflexión ponderativa y gracioso ademán cuando no acierta a encerrar en palabras todo lo que quiere decir. Detrás de cada ¡uh! su imaginación pone un mundo.)*

LEONARDO.— Mucho, ¿eh?

MALVALOCA.—Ya me quedé en amiga; pero he sío una mijiya más. Er tiempo to lo acaba.

LEONARDO.— Menos las amistades, por lo visto.

MALVALOCA.— Donde candelita hubo... ¿Usté también es amigo de Sarvadó?

LEONARDO.— Amigo y algo más.

MALVALOCA.— ¿Cómo es eso?

LEONARDO.— Porque somos compañeros en el negocio de la fundición.

MALVALOCA.— ¿De qué fundisión?

LEONARDO.— De la fundición de metales en que ha pasado la desgracia. ¿Es que no tiene usted noticias de la fundición?

MALVALOCA.— ¡Si yo hase más e dos años que no lo veo! Pero ahora estoy pensando... ¿Quién me dijo a mí que Sarvadoriyo se había metió a hasé carderas?

LEONARDO.— *(Sonriendo.)* Probablemente esos informes saldrán de la misma fuente que los otros.

MALVALOCA.— No, la Chata no fue. ¿Qué más da quién fuera? ¿De manera que usté y Sarvadó...?

LEONARDO— Sí; somos socios.

MALVALOCA.— ¿Desde cuándo?

LEONARDO.— Desde hace poco tiempo. Nuestra amistad, que es muy reciente, es ya muy estrecha.

MALVALOCA.— Es que Sarvadó es mu simpático.

LEONARDO.— Muy simpático es.

MALVALOCA.— Se yeva a la gente de caye, ¿verdá?

LEONARDO.— A mí me ha llevado, a lo menos.

MALVALOCA.— Y a to er que lo trata. En este mundo lo que manda es la simpatía.

LEONARDO.— ¿Usted cree?

MALVALOCA.— Estoy segura. Er cariño mayó no es otra cosa que una simpatía. Una simpatía tan grande, tan grande, que no sabe usté viví sin aqueya persona.

LEONARDO.— Quizás.

MALVALOCA.— Déle usté er nombre que usté quiera; amó, amista, cariño... lo que a usté se le antoje. Escarba usté... y simpatía. ¿Usté no ve que a los piyos se les quiere más que a los tontos? Y eso ¿por qué es? Porque los piyos son siempre más simpáticos. No le dé usté vuertas.

LEONARDO.— Puede que tenga usted razón.

MALVALOCA.— Y ¿cómo fue el reunirse usté con ese tunante?

LEONARDO.— Usted misma acaba de decirlo: por simpatía. Viajábamos juntos, encontramos estos talleres de fundición abandonados en este pueblo, y nos aventuramos a probar fortuna. Los dos tenemos aficiones análogas... La fundición se llamaba antes de los

Sucesores de no sé quién; pero Salvador la ha bautizado con el pomposo título de *La Niña de Bronce.*

MALVALOCA.— ¡Ah! *¡La Niña de Bronse!...* Ya sé yo por la que va eso.

LEONARDO.— ¿Por usted?

MALVALOCA.— No, señó; por otra. ¡Granuja! Pero ¿dónde está? que yo sí que voy a bronsearlo.

LEONARDO.— Ahora vendrá aquí.

MALVALOCA.— ¿Aquí va a ení?

LEONARDO.— Sí; ha ido una de las hermanas a avisarle que he llegado yo.

MALVALOCA.— Tengo ganas de darle un abraso. ¡Pobresiyo! Porque es mu charrán, ¿sabe usté?, pero es mu cabayero. Conmigo siempre se ha portao mu bien. Ni una sola vez he llamao a su puerta que ér no haya respondío. Segura estoy yo de que no me muero en un hospitá mientras viva ese hombre. ¿Éste es San Antonio? Tiene toa la cara de un músico. ¿Qué vende?, ¿garbansos? Diga usté: ¿usté estaba en la fundisión cuando ocurrió er percanse?

LEONARDO.— Sí, por cierto.

MALVALOCA.— Y ¿cómo fue?, ¿cómo fue? ¿Quie usté contármelo?

LEONARDO.— ¡Ya lo creo! íbamos a fundir una figura para una fuente nueva de Los Alcázares, este pueblo inmediato.

MALVALOCA.— Lo conozco. ¡No yueve en Los Arcásares! ¡Josú!

LEONARDO.— El molde de la figura que se ha de fundir está en el suelo, bajo tierra, y por un agujero que se deja en la superficie, se vierte en él luego el bronce líquido que va en los crisoles.

MALVALOCA.— ¿En los qué?

LEONARDO.— En los crisoles. Los crisoles son unos grandes vasos, que sin saltar ni romperse resisten las temperaturas más elevadas. Dentro de ellos, en los hornos, se deshace el bronce más duro hasta convertirse en fuego líquido.

MALVALOCA.— ¡Pa mete un deo!

LEONARDO.— Y entonces, como le decía, pasa de los hornos a la tierra en que está sepultado el molde de lo que se haya de fundir. En este paso ocurrió la desgracia de Salvador.

MALVALOCA.— ¿Sí?

LEONARDO.— Sí. Se conduce el crisol desde el horno sujeto por lo que nosotros llamamos armas de mano. Para sostenerlo y fundir, si el crisol es grande, se necesitan a veces cuatro o seis hombres. Uno de ellos era Salvador. Pues bien: al ir a volcar el líquido en el molde por el bebedero, le faltó el pie a uno de los otros, y con la sacudida violenta saltó fuego al suelo y le salpicó a Salvador en el pecho, en el brazo y en una pierna.

MALVALOCA.— ¡Josú!

LEONARDO.— Si vencido por el dolor suelta el arma y se derrama y se esparce todo el fuego, tal vez se hubiera abrasado algún hombre. Salvador hizo un esfuerzo supremo y gritó: «¡A fundir!». Y los demás obedecieron y entró el fuego en la tierra. Cuando ya no quedaba ni una sola gota en el crisol, soltaron sus manos la barra y cayó en mis brazos sin sentido.

MALVALOCA.— ¡Pobresito!

LEONARDO— Dos hermanas de este Asilo, que llegaron entonces al taller pidiendo una limosna, sobrecogidas e impresionadas por la escena, se obstinaron en que había de traérsele aquí, por estar a un paso de la fundición; y aquí le trajimos, y aquí se le ha asistido, y aquí sigue.

MALVALOCA.— Pos sí que habrá pasao las negras. Porque no es mu duro de carne. Un peyisco es, y le hase año. Pero, ¿en qué piensa ya que no viene?

LEONARDO.— No sé... Sí que tarda. Acaso haya llegado el médico.

MALVALOCA.— Oiga usté, ¿es buen médico? Miste que en estos pueblos hay a lo mejó ca veterinario...

LEONARDO.— Bueno debe de ser. A Salvador lo ha sacado adelante. Es el forense. Iré a ver qué pasa y a decirle que está usted aquí.

MALVALOCA.— Si me hase usté er favo...

LEONARDO.— Con muchísimo gusto. *(Va a marcharse y vuelve.)* Y ¿quién le digo que lo espera? Porque no sé cómo...

MALVALOCA.— ¡Ah! sí. Dígale usté... Dígale usté que está aquí Marvaloca.

LEONARDO.— ¿Malvaloca?

MALVALOCA.— ¿Le suena?

LEONARDO.— No; me sorprende.

MALVALOCA.— Así me yaman desde los trece años. Mi nombre es Rosa, pa servir a usté.

LEONARDO.— Muchas gracias.

MALVALOCA.— Pero a Sarvadó dígale usté que Marvaloca. ¿A que no sabe usté por qué me yaman Marvaloca?

LEONARDO.— ¿Por qué?

MALVALOCA.— Yo nací en Málaga, en una casita que tenía en la puerta un arriate, y en el arriate, una marvaloca. La gente conosía mi casa por la casa de la marvaloca. Pos bueno: se secó la marvaloca, pero en luga de la marvaloca quedé yo, que ya prinsipiaba a espiga. Y como mi casa era pa to er mundo la casa de la marvaloca, y ayí no había quedao marvaloca ninguna, pos la marvaloca fui yo. Tota: que en vé de sé una fló y de está a la puerta e la caye,

fue una mosita que estaba dentro. Ya ve usté qué cosa más sensiya. Pero hay que explicarla.

LEONARDO.— *(En un especial estado de ánimo, que en parte confirma las teorías de la simpatía expuesta por la simpática Malvaloca.)* Voy a avisarle a Salvador. *(Se va por el jardín hacia la derecha.)*

MALVALOCA.— *(Cuando se queda sola.)* También es simpático este hombre. *(Mirando hacia la puerta.)* ¿Y esta viejesita que viene aquí? Se conoce que estará recogía... Pero ¡qué chiquitita es! ¡Si es un embuste! Paese una majita de armiré.

(Sale Mariquita, en dirección al lado opuesto del corredor. Malvaloca la contempla encantada. Es una viejecita que cabe dentro del bote de los garbanzos de San Antonio.)

MARIQUITA.— *(Al pasar ante Malvaloca.)* Dios guarde a usté, hermana.

MALVALOCA.— Vaya usté con Dios, hermanita.

MARIQUITA.— Que usté siga güena.

MALVALOCA.— ¿Está usté recogía en el Asilo?

MARIQUITA.— *(Deteniéndose.)* Sí, señora.

MALVALOCA.— ¿Hase mucho?

MARIQUITA.— Cuatro años. Desde que me fartó mi hijo, que me lo mataron en er Moro.

MALVALOCA.— ¿Le mataron a usté un hijo en la guerra?

MARIQUITA.— Er que tenía.

MALVALOCA.— ¡Vaya por Dios! *(Mariquita hace un gesto de resignación y dolor.)* ¿Son ustedes muchos los viejesitos asilaos?

MARIQUITA.— Ar presente, seis: dos mujeres y cuatro hombres.

MALVALOCA.— Esto era un convento, ¿verdad?

MARIQUITA.— Sí, señora: er Convento der Carmen. Y cuando murió la última de las madres, se vinieron aquí las Hermanitas del Amor de Dios.

MALVALOCA.— Ya. Diga usté, hermanita: ¿y se armiten limosnas?

MARIQUITA.— Hágase usté er cargo: de la caridá viven eyas... y de la caridá de eyas, nosotros...

MALVALOCA.— Tome usté. *(Saca de su bolso una moneda de cinco pesetas y se la da.)*

MARIQUITA.— *(Atónita.)* ¿Qué es esto?

MALVALOCA.— Un duro.

MARIQUITA.— No tengo pa darle la güerta.

MALVALOCA.— Si es pa usté, hermanita.

MARIQUITA.— ¿Pa mí?

MALVALOCA.— *(En broma.)* ¡Pa que se compre usté un sombrero!

MARIQUITA.— *(Sonriendo entre lágrimas.)* ¿Un sombrero... yo?

MALVALOCA.— ¡O lo que le haga farta!

MARIQUITA.— Un sagalejito.

MALVALOCA.— Ayá usté, hermana.

MARIQUITA.— ¿Es usté rica?

MALVALOCA.— ¡Uh!

MARIQUITA.— Por la caye no suelen dá limosnas tan grandes. De aquí tos los días salen dos hermanas a pedí, y ¡si viera usté qué poquito recogen! Y escuche usté una cosa: er sábado pasao le pegaron a la hermana Piedá.

MALVALOCA.— ¿Quién?

MARIQUITA.— Un borrachote, ¿quién había de sé? Entró en una casa que tenía la cánsela abierta, creyendo que era una casa partícula, y era una tabernucha. Pero eya, que es mu tranquila y mu resuerta, no se cortó ni ná, y pidió su limosna pa los pobres. Y aquer tío, borracho como estaba, empesó a sortá palabras y le dio un gofetón.

MALVALOCA.— Y ¿qué hiso la hermana?

MARIQUITA.— Pos la hermana entonses fue y le dijo: «Güeno, esto es pa mí. Ahora sigo pidiendo pa mis pobres.»

MALVALOCA.— *(Admirada.)* ¡Ah!

MARIQUITA.— Conque fue el amo de la taberna, al oírla, y echó a la caye ar borrachote, y a eya le dio una limosna mu güena. Y ar día siguiente vino el hombre ya fresco aquí a pedirle perdón. Y hubo que oí a la hermana Piedá; porque sabe mucho.

MALVALOCA.— ¿Es aqueya que cose?

MARIQUITA.— No, señora. La hermana Piedá es mu guapita. Es de Madrí. Se casó mu joven, se le murió er marío del pecho, y entonces entró en esta Casa, porque dijo que ya no tenía que queré a nadie en er mundo. Si sale, yo le diré cuál es.

(En el corredor, por la izquierda, aparece en esto Salvador, el compañero de Leonardo. Es hombre de su edad, poco más o menos, y de fisonomía inteligente y despierta. Trae el brazo izquierdo descansando en un pañuelo de seda anudado al cuello. Al ver a Malvaloca allí se sorprende vivamente y se alegra.)

SALVADOR.— Pero, ¿es verdá lo que ven mis ojos?

MALVALOCA.— ¡Chiquiyo!

SALVADOR.— ¡Marvaloca! ¿Tú por aquí? ¿Qué es esto?

MALVALOCA.— ¡Que vengo a verte!

SALVADOR.— Dios te lo pague, mujé, Dios te lo pague.

MALVALOCA.— ¿Cómo van esas quemaúras?

SALVADOR.— Ya pasaron.

MALVALOCA.— Más vale así. Te he traío la buena.

SALVADOR.— Tú a mí, siempre. Siéntate un ratito.

MALVALOCA.— ¡Pos no que no!

MARIQUITA.— ¿Es tu novia?

SALVADOR.— Lo fue. Me dejó por otro.

MALVALOCA.— Diga usté que es un embustero.

SALVADOR.— ¿Le gusta a usté?

MARIQUITA.— Es guapa. Y mira. *(Le enseña la moneda.)*

SALVADOR.— ¡Espantárame a mí!

MARIQUITA.— *(Riéndose.)* ¡Dise que pa un sombrero! Que Dios la bendiga.

MALVALOCA.— Vaya usté con Dios.

(Sigue su camino Mariquita, «reinando» en el zagalejo que se va a comprar.)

SALVADOR.— *(Con satisfacción, a Malvaloca.)* ¿Qué hay?

MALVALOCA.— Que me alegro de verte, hombre.

SALVADOR.— Y yo a ti.

MALVALOCA.— ¡Mía que vení a tus años a para en un asilo e viejos!

SALVADOR.— Las vuertas que da er mundo. En cambio, por ti no pasan días; sigues tan guapa.

MALVALOCA.— Tus ojos. Y er cuartito de hora después de lavarme. Ya me han contao cómo te portaste er día de la desgrasia... Vamos, que estuviste hecho un valiente.

SALVADOR.— ¿Quién te lo ha contao?

MALVALOCA.— Tu amigo.

SALVADOR.— ¿Qué amigo?

MALVALOCA.— Er sosio.

SALVADOR.— ¿Está aquí?

MALVALOCA.— ¡Toma! Y se ha ido a buscarte aya dentro. Y antes una monja. ¿Dónde estabas metió?

SALVADOR.— En la torre estaba.

MALVALOCA.— ¿Te da por las sigüeñas ahora?

SALVADOR.— No.

MALVALOCA.— ¡Pos arguna conosco yo que paese una sigüeña! ¡Mar tiro la peguen! ¡Cómo se te va estropeando er gusto con la edá!

SALVADOR.— *(Riéndose.)* Mientras no dejes de gustarme tú...

MALVALOCA.— Aquí ya no hay candela; a la otra escuela.

SALVADOR.— ¿Has hablao mucho con Leonardo?

MALVALOCA.— ¿Con quién?

SALVADOR.— Con mi compañero; con Leonardo.

MALVALOCA.— ¡Ah! ¿se yama Leonardo? Pos Leonardo la mira a una que paese que va a retratarla. Es mu serio, ¿no?

SALVADOR.— Mu serio. Y una gran persona, además.

MALVALOCA.— Entonces, ¿cómo es amigo tuyo?

SALVADOR.— Porque los estremos se tocan.

MALVALOCA.— ¿Los estremos?

SALVADOR.— Sí. Leonardo tiene lo que yo más envidio: volunta. Es rarito, rarito... Pero va adonde quiere. Hay que sabe yevarle er genio, eso sí. A lo mejó se arranca... En fin, éste es el hombre: podía en su tierra, con su padre, que también tiene una fundisión, viví tranquilamente y a gusto; pero er padre enviudó, quiso casarse por segunda vez, y Leonardo le dijo, cogiendo a una hermanita que tiene: «Ni mi hermana ni yo queremos otra madre que aquéya». Y anochesió en la casa y no amanesió. Yevó a la hermana con unos tíos que suspiraban por tené hijos, y ér se echó a vola por er mundo, buscando aventuras.

MALVALOCA.— Pos mira: eso prueba que es un hombre de corasón.

SALVADOR.—Y lo es. Aunque se las echa de inflexible y de hombre de asero.

MALVALOCA.— ¿Vive ya la hermana con é?

SALVADOR.— No; sigue viviendo con los tíos. Pero ahora va vení a pasa unos días con Leonardo.

MALVALOCA.— ¿Ér no es andaluz, por supuesto?

SALVADOR.— No; es de Asturias.

MALVALOCA.— Y ¿pa qué se fue a nasé tan lejos?

SALVADOR.— ¡Qué sé yo! ¡Chiquiya, lo que te agradesco esta visita!

MALVALOCA.— ¿Quies cayarte? ¿Tú no hubieras hecho lo mismo? Ya sabes cómo soy. Me dijo una amiga: «¿Te has enterao de que Sarvaó está en parriyas, como san Lorenso?». Y lié er petate. Tú me conoses: tengo er corasón en la cabesa.

SALVADOR.— ¡Er corasón en la cabesa!

MALVALOCA.— ¿No es verdá?

SALVADOR.— Sí es verdá, sí; porque la cabesa no la tienes en ninguna parte.

MALVALOCA.— Así no padesco jaquecas.

SALVADOR.— Y en er sitio der corasón, ¿qué tienes ahora?

MALVALOCA.— Er solá, con una vaya y un perro pa que no entre nadie.

SALVADOR.— Pos a mí me han dicho que un alemán...

MALVALOCA.— ¡Vamos, quita! ¡Ni en verano bebo yo serveza!

SALVADOR.— ¿Sigues en Seviya?

MALVALOCA.— Por lo pronto, sí.

SALVADOR.-— ¿Y tu madre?

MALVALOCA.— En Sestona.

SALVADOR.— *(Riéndose.)* ¿En Sestona?

MALVALOCA.— No te rías; en Sestona, o en Fitero, o en Vichy. Ayá eya. Es la misma de siempre. Que tengo dinero: «Hija de mi arma, sentrañas, corasón, alegría de su vieja»... To er surtío. Que me ve con la noche y er día y que er sielo se nubla: me agarra dos mantones, los empeña y toma er tren pa un barneario. ¡Yo no he visto una mujé que beba más agua de toas clases! *(Salvador suelta la carcajada.)* Así está eya: hinchá.

SALVADOR.— ¿Y tu padre?

MALVALOCA.— Mi padre es otro estilo; éste no es agua lo que bebe. Es un toné. En fin, no quieo acordarme de mi gente. ¡Josú! Si como me sacaron bonita me sacan fea, te los mando a un crisó de esos de tu fábrica.

SALVADOR.— Siempre estáis a tiempo.

MALVALOCA.— Déjalos; pobresiyos. ¿Y tu viejo? ¿En er pueblo?

SALVADOR.— Sí; en el pueblo sigue.

MALVALOCA.— ¿Con la fotografía?

SALVADOR.— Y con una tiendesita e morduras que ha puesto hase un año. Se defiende el hombre. Pienso yegarme a verlo cuando me den de arta, pa que se convensa de que esto de las quemaúras no ha sío na.

MALVALOCA.— Pero ha podio sé, Sarvadó.

SALVADOR.— Lanses del ofisio.

MALVALOCA.— Es verdad. ¿Cómo te ha dao er venate de meterte a húngaro?

SALVADOR.— ¿A húngaro?

MALVALOCA.— A fundidó: es iguá.

SALVADOR.— Siempre pité un poco por ese lao: acuérdate. Conosí a este amigo, nos caímos en grasia el uno al otro y no hiso farta más. Ér tiene muchas ilusiones; yo no tengo tantas, pero me gusta que ér las tenga. Conque ahí está mi fundisión pa lo que tú quieras mandarme. ¿Se te ofrese argo?

Librodot

MALVALOCA.— Hombre, sí; vas a haserme dos grifos.

SALVADOR.— ¿Dos grifos?

MALVALOCA.— Sí; uno pa mi padre y otro pa mi madre.

(Se ríen los dos.)

SALVADOR.— En cuantito que vuerva ar tayé será lo primero que haga.

MALVALOCA.—¿Te quedan aquí muchos días?

SALVADOR.— Ya no; ya estaré pocos.

MALVALOCA.— Pos mira, por si vengo otra vez a verte, no digas quién soy.

SALVADOR.— ¿Por qué no, mujé? Una amiga mía.

MALVALOCA.— Como quieras.

SALVADOR.— ¿Qué quieres que diga, si no?

MALVALOCA.— Di mejó que soy una inglesa. Ya tienes ahí ar sosio.

(En efecto, llegan Leonardo y la hermana Piedad, por donde se fueron.)

LEONARDO.— ¡Si está aquí, hermana!

Hª. PIEDAD.— ¿Está aquí?

SALVADOR.— Sí; aquí estoy.

MALVALOCA.— Buenos días.

H\ PIEDAD.— Buenos días. Toda la casa hemos andado detrás de usted.

SALVADOR.— Me subí a la torre.

LEONARDO.— ¡Ya decía yo! ¡En la torre era muy difícil que lo encontrásemos!

MALVALOCA.— Hermana; con permiso.

Hª. PIEDAD.— Mande usted.

MALVALOCA.— ¿Quiere usté desirme en dónde está la iglesia?

Hª. PIEDAD.— Yo iré con usted.

MALVALOCA.— No; no se moleste.

Hª. PIEDAD.— No es molestia ninguna.

MALVALOCA.— ¿Es usté la hermana Piedá?

Hª. PIEDAD.— Servidora. ¿Vamos?

MALVALOCA.— Vamos. Ahora vuervo.

SALVADOR.— La que tiene que vorvé también es usté hermana Piedá.

Hª. PIEDAD.— ¿Yo?

Librodot

SALVADOR.— Sí; pa hablá de aqueyo, antes que se marche Leonardo.

Hª. PIEDAD.— ¡Ah!, sí. En seguida vengo. *(A Malvaloca.)* Por aquí.

(Se alejan juntas por el corredor la santita y la pecadora.)

LEONARDO.— ¿Quién es esta mujer?

SALVADOR.— La hermana Piedá, ¿no has oído?

LEONARDO.— Déjate de burlas; la otra.

SALVADOR.— ¡Ah! ¡La otra es esencia de canela!

LEONARDO.— Ya, ya.

SALVADOR.— Marvaloca le yaman.

LEONARDO.— Ya lo sé.

SALVADOR.— Entonses, ¿qué es lo que me preguntas?

LEONARDO.— Algo más que el nombre. Lo que sepas de ella más que yo.

SALVADOR.— Su historia es una novela muy larga: Pues imagínate tú. No se parese a ninguna y se parese a muchas. Una cara bonita y una cabesa loca en una casa en donde hay hambre. Éste es er principio de la novela. De argunos capítulos sé argo más.

LEONARDO.— ¿Ha sido cosa tuya?

SALVADOR.— Sí; pero ya hase tiempo.

LEONARDO.— Pues ella te conserva una gratitud...

SALVADOR.— ¡Como que me porté muy bien con eya!

LEONARDO.— ¿Sí?

SALVADOR.— ¡Sí! La yevé a armosá a una venta en Córdoba, le dije que me esperara un segundo, que iba por tabaco, y vorví a los dos años a vé si estaba ayí toavía.

LEONARDO.— ¿Eso hiciste?

SALVADOR.— Por vé si era de ley.

LEONARDO.— ¡Bah! Tú no hiciste eso.

SALVADOR.— Sí lo hise, sí. No tenía otra salida. *(Calla un instante, mientras pasa la hermana Dolores por el corredor, de derecha a izquierda.)* Marvaloca es mujé que se mete mucho en er corasón; nos íbamos tomando cariño; me había yorao ya dos o tres veces... Y eso de que me yore una mujé no es pa mi genio. Hasen las lágrimas una cadenita que sujeta más que toas las que podamos forja nosotros en la fundisión.

LEONARDO.— No entiendo que la dejaras si la querías, Y todavía entiendo menos que esa mujer te mire a la cara.

SALVADOR.— Te diré; corrió er tiempo, a los dos nos pasaron cosas... y cuando se le

Librodot

murió la chiquiya, a su lao estuve yo primero que nadie.

LEONARDO.— ¡Ah!, ¿se le murió una chiquilla?

SALVADOR.— Bonita como un sueño. Cuatro años tenía. Ésa ha sío la mayó desgrasia de Marvaloca. La chiquiya era como un refugio pa toas sus penas.

LEONARDO.— ¡Qué lástima!

SALVADOR.— Porque tiene muchas. Y es buena como pocas mujeres he visto.

LEONARDO.—Así me ha parecido a mí. Tiene mirar de buena. Detrás de aquellos ojos, la primera luz que se advierte es de bondad.

SALVADOR.— ¿Sabes que...?

LEONARDO.— ¿Qué?

SALVADOR.— No; na... Malos pensamientos que tiene uno.

LEONARDO.— Pues ¿de qué te ríes?

SALVADOR.— De ti probablemente.

LEONARDO.— ¿De mí? ¿Por qué?

SALVADOR.— ¿Conque la primera lus que se arvierte es de bondá? ¡Te veo y no te veo, fundidó!

LEONARDO.— No seas majadero. *(Cambiando de conversación bruscamente.)* ¿Qué nos quiere la hermana Piedad?

SALVADOR.— Ahora nos lo dirá eya misma. ¡Cayó trabajo en *La Niña de Bronse,* amigo!

LEONARDO.— Me alegro, compañero, me alegro.

(Llega en esto oportunamente la hermana Piedad.)

Hª. PIEDAD.— Aquí me tienen.

SALVADOR.— ¡Ea!, pos vamos a habla de la *Golondrina.*

LEONARDO.— ¿De la *Golondrina*[7].

Hª. PIEDAD.— La *Golondrina,* como la llama el pueblo, aunque su nombre es *Santa Teresa,* es la campana de este convento, que está rota.

LEONARDO.— Cierto; rota está. No puede ser de otra manera. Desde la fundición la oigo todas las mañanas y todas las tardes, y me crispa los nervios. ¡Suena a diablos!

Hª. PIEDAD.— ¿A diablos?

LEONARDO.— Perdone usted, hermana. Quiero decir que no puede sonar peor.

Hª. PIEDAD.— Y ¿cómo quiere usted que suene, si está rota hace cuatro años?

LEONARDO.— ¡Pues hay que componerla! ¡Todo tuviera tan fácil arreglo en el mundo!

SALVADOR.— ¿Ve usté, hermana, como Leonardo era nuestro hombre?

LEONARDO.— ¡ Ah!, sí. ¡Una campana rota en una Casa como ésta, a dos pasos de una fundición, es una vergüenza para los fundidores!

SALVADOR.— Sin contá con que de arguna manera hay que pagarles a las hermanitas er trato que me han dao.

Hª. PIEDAD.— No diga bobadas, hermano, que no hemos hecho sino cumplir con Dios. Y si ustedes, por gracia suya, consiguen que la *Santa Teresa* de esta torre, la *Golondrina,* cante como cantaba, elevando su voz a los cielos, entonces, desde la Superiora a la hermanita más humilde, que es una servidora de ustedes, no tendremos palabras ni acciones con qué pagarles.

LEONARDO.— Pues cuente usted con que ello será ¿Tú has visto la campana?

SALVADOR.— Sí. Está partida de arriba abajo.

LEONARDO.— No es extraño, si sonaba tan bien.

Hª. PIEDAD.— ¿Y eso?

LEONARDO.— Las campanas, cuanto más sonoras y bien timbradas, más frágiles. La que más nos encanta oír es la que con mayor facilidad puede romperse.

SALVADOR.— A las mujeres se paresen en eso.

Hª. PIEDAD.— Calle usted, hombre, calle usted, que en todo asunto ha de acordarse de las faldas.

SALVADOR.— Es que las campanas las tienen. Por eso me he acordao.

Hª. PIEDAD.— Bueno, déjese usted de cuchufletas.

LEONARDO.— En resolución, hermana Piedad, porque éste tiene el vicio de hablar en broma cuando se habla en serio: fundiremos en *La Niña de Bronce* la *Golondrina,* y quedará tal cual estaba.

Hª. PIEDAD.— Dios se lo pague a ustedes. Y eso precisamente quería yo saber: si quedará tal cual estaba; si después de arreglada será la misma.

LEONARDO.— La misma; de la misma hechura que hoy tiene, fundida con el mismo bronce.

Hª. PIEDAD.— Bien, bien; si ha de ser así, bien. Es campana ésa llena de tradiciones y de recuerdos muy queridos.

LEONARDO.— Pues usted ha de ver cómo seguirá siendo la misma. La *Golondrina* «levantará» el vuelo, dejará la torre, entrará por la puerta de nuestros talleres, vivirá unos días con nosotros, el fuego la consumirá para darle después nueva vida, y volverá a su nido cantando mejor que cantaba.

SALVADOR.— O comparando de otra manera: la *Golondrina* es una morena que está

Librodot

ronca, que va en consurta a un par de dortores, y que cuando, después de la visita, entra en su casa, yega con una voz que se paran los pájaros pa oírla.

Hª. PIEDAD.— ¿No digo yo? Siempre había usted de ir a parar a los mismos trigos. *(A Martín, que vuelve por donde se fue.)* Martín, ¿usted oye esto?

MARTÍN.— ¿Qué, hermana?

Hª. PIEDAD.— ¡Que va a hacerse el milagro de que hablaba yo antes!

MARTÍN.— ¿Qué milagro?

Hª. PIEDAD.— El milagro de la *Golondrina,* que por gracia de Dios, que pone hombres buenos e inteligentes en la tierra, va a sonar como en otros tiempos.

MARTÍN.— *(Temblando de júbilo.)* ¿Es posible, hermana?

Hª. PIEDAD.— Es posible, sí. Don Leonardo y su compañero van a llevársela a su fundición, nos la van a devolver como si nunca se hubiera roto. ¿Verdad?

LEONARDO.— Verdad.

MARTÍN.— ¿En dónde están esos cabayeros, que quieo yo besarles las manos?

Hª. PIEDAD.-— Lo que ha de hacer usted es darle gracias al Señor.

MARTÍN.— ¡Y besarles las manos a eyos!

LEONARDO.— ¿Es el campanero, quizás?

MARTÍN.— Er campanero soy, señó; pa servirle. ¿No me ve usté temblando?

SALVADOR.— Martín quiere a la *Golondrina* como a cosa suya.

MARTÍN.— Como a cosa de mis entrañas, señó.

Hª. PIEDAD.— El primer vuelo que dio la *Golondrina* en la torre lo dio con él.

MARTÍN.— Conmigo. Era yo una criatura. Y desde entonses no nos separamos. Eya ha sío en este mundo mi niña, y mi novia, y mi compañera, mi madre. Tos mis cariños juntos, porque con eya he desahogado siempre mi pecho.

LEONARDO.— Pues ahora celebro yo más todavía lo que vamos a hacer.

MARTÍN.— ¡Lo que eso vale para mí, señores, no pué representárselo nadie! ¿Ustés no oyeron nunca a la *Golondrina* antes e la desgrasia?

LEONARDO.— Yo, no.

SALVADOR.— Ni yo.

Hª. PIEDAD.— Yo, sí.

MARTÍN.— Pos que diga la hermana: paresía una voz de los sielos. Dispertaba a los pueblos con sus sones; alegraba los campos ar sé de día; yamaba a resá a la gente cristiana; yoraba por los muertos... Cuando murió mi compañera, yo doblé por eya con la *Golondrina y* no tuve mejó consuelo que sus tañíos... ¡Con qué doló sonaba!

Hª. PIEDAD.—No se excite demasiado, Martín, que luego le hace mal.

SALVADOR.— Déjele usted que hable.

MARTÍN.— Con la notisia que me han dao no pueo yo cayarme en dos días. ¿Ustés no ven que me estoy cayendo de viejo? ¡Pos hasta que la *Gobndrina* se partió no me di yo cuenta de mis años! ¡Por eya er tiempo no pasaba, y yo vivía como si eya fuera mi corasón! Hermanita.

Hª. PIEDAD.— ¿Qué quiere, hermanito?

MARTÍN.— ¿Me deja usté que vaya a contarle a Barrabás estas novedades?

Hª. PIEDAD.— ¿Nada más que a contárselas?

MARTÍN.— Nada más, nada más. Ér tampoco querrá disputas ahora. Ya lo verá usté.

Hª. PIEDAD.— Pues vaya, entonces; pero cuidado con lo que se habla.

MARTÍN.— Descuide usté, hermanita. Señores, si mis bendiciones yegan ar sielo, a ustés ya no van a fartarles nunca en la tierra. La vía que me quede doy yo, después que mis manos hayan vorteao una vez, como antes de romperse, a la *Golondrina.*

Hª. PIEDAD.— Ande, hermano, ande.

SALVADOR.— Adiós, Martín.

LEONARDO.— Adiós.

MARTÍN.— *(Yéndose hacia la derecha de la huerta en busca de su implacable enemigo.)* ¡Barrabás! ¡Señó Barrabás! ¡Escuche usté lo güeno, compadre!

SALVADOR.— ¡Pobre viejo! *(A Leonardo, que se enjuga una lágrima.)* ¿Qué es eso? ¿Lloras tú también?

LEONARDO.— ¡Psché!

SALVADOR.— ¡Pero, hombre!

LEONARDO.— Niñerías.

Hª. PIEDAD.— Se lo contará a Barrabás y a todo el Asilo. Va loco el bueno de Martín.

LEONARDO.— Y ¿por qué quiere contárselo a Barrabás?

Hª. PIEDAD.— Porque Barrabás está bautizado en la otra iglesia, y es del otro bando. En Las Canteras nada apasiona tanto como la lucha campanil. Los unos con la *Golondrina* y los otros con la *Sonora,* el día que no hay cabezas rotas es milagro de Dios.

LEONARDO.— Tiene gracia.

(Sale por la puerta de la Cruz la hermana Consuelo. En la mano trae una botellita de vino.)

Hª. CONSUELO.— Don Sarvadó, ahí está ya er médico.

SALVADOR.— ¿Arriba?

Hª. CONSUELO.— Sí; en su arcoba está. Y me ha dicho que viene de prisa.

SALVADOR.— Voy a verlo al instante.

(La hermana Consuelo quita el bote de garbanzos de la repisa de San Antonio, pone la botellita de vino y se va por donde salió.)

LEONARDO.— Pues anda con Dios, que yo me marcho.

(Vuelve Malvaloca a tiempo que Salvador va a irse dentro, sin acordarse de ella.)

MALVALOCA.— ¿Te vas?

SALVADOR.— ¡Ah! Marvaloca. Sí; voy arriba, que ha yegao er médico. ¿Me aguardas?

MALVALOCA.— No; vorveré a la tarde.

SALVADOR.— Mejor es. Pos hasta luego, entonses.

MALVALOCA.— Hasta luego.

SALVADOR.— Que te espero ¿eh?, que me he alegrao mucho de esta visita.

MALVALOCA.— Y yo de verte ya fuera de peligro. Adiós.

SALVADOR.— Adiós. *(Éntrase por la puerta de la Cruz.)*

(Por la izquierda, como Malvaloca, aparece la hermana Dolores, un poco turbada, y habla aparte con la hermana Piedad, mostrándole una joya. Entretanto, Leonardo y Malvaloca se despiden.)

MALVALOCA.— Bueno, he tenido mucho gusto en conoserlo a usté.

LEONARDO.— ¿Más que yo en conocerla a usted?

MALVALOCA.— Vaya, que sea lo mismo.

LEONARDO.— No puede serlo. Fíjese usted en la diferencia que va de usted a mí.

MALVALOCA.— ¡Caramba! Se le va a usté pegando el aire de los andaluses.

LEONARDO.— Es difícil.

MALVALOCA.— Difísi no hay cosa ninguna. Ya nos veremos. Porque usté supongo que volverá por aquí a visita a su amigo.

LEONARDO.— ¡Cómo no!

MALVALOCA.— Pos ya nos veremos.

LEONARDO.— Nos veremos, sí.

Hª. PIEDAD.— *(Acercándose a Malvaloca.)* Hermana.

MALVALOCA.— Mande usté.

Hª. PIEDAD.— ¿Es usted por ventura... —sí, usted es— es usted la que ha puesto esta joya en el altarcito de la Virgen?

MALVALOCA.— Sí; yo. Pa los pobres.

(La hermana Dolores va a contarle el hecho a la hermana Carmen. Leonardo sigue el incidente con gran interés y emoción.)

Hª. PIEDAD.— ¿Para los pobres?

MALVALOCA.— Sí.

Hª. PIEDAD.— *(Anonadada.)* Pero, hermana, una limosna en esta forma... y de este precio...

MALVALOCA.— ¿Es quisas que porque viene de mis manos...?

Hª. PIEDAD.— ¡No!... Yo, hermana, no la conozco a usted... De usted no sé más sino que ha llegado aquí con el interés de ver a un enfermo; que ha entrado a rezarle a la Virgen, y que ha dejado en su altar esta joya para los pobres. ¿Por qué había yo de rechazar lo que de sus manos viniera? Y que la limosna, hermana mía, venga de donde venga, lleva consigo un resplandor que oculta la mano que la da.

MALVALOCA.— *(En súbito arranque al oírla, y con esa íntima naturalidad y graciosa sencillez con que lo hace ella todo.)* Pos si no se ve la mano que la da, tome usted también esto. *(Se quita una cadena de oro que trae al cuello, y se la entrega.)*

Hª. PIEDAD.— ¡Hermana!

MALVALOCA.— Pa los pobres.

Hª. PIEDAD.— Pero...

MALVALOCA.— ¡Si ya sólo así puedo sé buena! Pa los pobres. *(Mira la cara de los dos y sonríe.)* Vaya, hasta luego. *(Sale presurosa al jardín.)*

Hª. PIEDAD.— ¿Qué mujer es ésta?

LEONARDO.— Yo también la he conocido hace un rato, hermana. Hasta la tarde.

Hª. PIEDAD.— Vaya usted con Dios.

LEONARDO.—- Adiós, hermana.

(Malvaloca que, como al llegar, se ha detenido en medio del jardín, orientándose como una paloma, se va al cabo resueltamente por la izquierda del fondo. Leonardo la sigue, disimulando que la sigue; acaso prendida ya su alma fuerte en los finos flecos del mantón de la pecadora. La hermana Piedad, conmovida, contemplando las joyas, con lágrimas en los

hermosos ojos, recuerda las palabras de Malvaloca.)

H[a]. PIEDAD.— ¡Ya sólo así puede ser buena!

(En el fondo, la hermana Dolores comenta lo sucedido con la hermana Carmen, quien, merced a lo extraordinario del caso, suspende un buen rato su labor constante y tranquila.)

Fin del acto primero

Acto segundo

Amplio, desigual y luminoso patinillo entre la casa habitación de Leonardo y los talleres de La Niña de Bronce. A *la izquierda del actor está la entrada de la casa; a la derecha, la de la fundición. Al fondo hay una tapia y en ella un postiguillo que da a un corral, por el que se sale a la calle. Ante la puerta de la casa, un cobertizo de verdinegras tejas y blanqueadas pilastras, que descansan en sendos poyetes de ladrillo, también blanqueados. Al amparo de él, una mesa de trabajo de Leonardo. Varios arriates con geranios y rosas adornan el recinto. En un rincón, a la derecha, amontonados y revueltos, hay algunos materiales viejos de la fundición. Es por la mañana en el mes de mayo.*

(Salvador sale de los talleres con un rollo de papeles en la mano. Viste de blusa larga y gorra. Se acerca a la mesa de Leonardo, deja sobre ella el rollo de papeles y examina con interés algunos. Por el postiguillo del corral llega Teresona, guardesa un tiempo de la finca y

hoy criada de Leonardo. Viene de la plaza de abastos, y trae un gran canasto al brazo con las provisiones para el día. Al ir a entrar en la casa se detiene saludando a Salvador.)

TERESONA.— Güenos días tenga usté, cabayero. Sea usté bien venío.

SALVADOR.— ¡Hola, Teresona!

TERESONA.— Ya sé que yegó anoche de su viaje y que vino usté a vé ar señorito. Pero yo estaba en siete sueños.

SALVADOR.— Sí; ya pregunté por ti cuando vine.

TERESONA.— También la hermanita de don Leonardo yegó ayer de mañana.

SALVADOR.— Ya la vi anoche, ya.

TERESONA.— ¡Qué bonita es! ¡Qué carita más durse tiene! ¿Y usté, cómo ha dejao a su papá?

SALVADOR.— Tan fuerte y tan bueno.

TERESONA.— Dios se lo conserve a usté muchos años. De las novedaes de acá, en los veinte días que usté ha estao fuera, ya tendrá usté también notisias.

SALVADOR.— De esas novedaes me iré enterando poquito a poco.

TERESONA.— Don Sarvadó, en siertos particulares, haga ca uno de su cuerpo tiras. Er que se mete por medio es er que pierde. Yo, como y cayo. Si las comadres del pueblo quién murmura, ayá eyas. *(Mostrándole unos pendientes de corales que lleva puestos.)* Miste. Me los ha regalao su mersé. Yo, punto en boca. ¿Usté me manda argo?

SALVADOR.— Anda con Dios.

TERESONA.— Hasta luego. *(Éntrase en la casa.)*

SALVADOR.— ¡Bah! Sabía yo que había de sucederle.

(Continúa examinando papeles y libros. De su ocupación lo distrae la inesperada presencia del tío Jeromo, que llega también por el postíguillo. Es tío de Malvaloca, aunque por el parecido no se le conoce, y hombre de unos cincuenta años. Viene de gorra, como va a todas partes, y trae un canastillo con el almuerzo. Se encamina hacia los talleres.)

Tío JEROMO.— *(Alegremente sorprendido al ver a Salvador.)* ¡Sarvaoriyo! ¿Eres tú? ¿Ya estamos de güerta?

SALVADOR.— *(Atónito.)* ¿Eh?

Tío JEROMO.— ¡No te había conosío ar pronto con ese balandrán! ¿Cómo se ha hecho er viaje?

SALVADOR.— ¡Pero, yo no sé lo que veo! ¿Usté aquí? ¿A qué viene usté aquí?

Tío JEROMO.— ¡Ah!, ¿no te ha dicho na er sosío? ¡Si soy operario de los tayeres hase ya una semana!

SALVADOR.— ¿Usté?

Tío JEROMO.— ¡Yo! Me enteré de lo de mi sobrina con tu compañero, y me agarré a sus naguas. Ya tú sabes que Marvaloca ha sío siempre la providensia de la familia.

SALVADOR.— ¡Bien!..., ¡bien!

Tío JEROMO.— ¿Te párese bien, Sarvaoriyo?

SALVADOR.— ¡Me párese muy bien!

Tío JEROMO.— ¡A vé si ahora que has yegao tú lo conozco yo en argo!...

SALVADOR.— ¡Es posible!

Tío JEROMO.— *(Dándole un cogotazo con familiaridad.)* ¡Qué punto eres!

SALVADOR.— Pero, vamos a vé, amigo, ¿qué confianzas son éstas? ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

Tío JEROMO.— *(Desconcertado y entre burlas y veras.)* San Sarvadó..., usté me dispense.

SALVADOR.— Así. Y la gorra en la mano. Así.

Tío JEROMO.— Yo creía que la vía de otros tiempos...

SALVADOR.— Aqueyo pasó. Ar trabajo ahora. ¿En qué trabaja usté?

Tío JEROMO.— ¡Según lo que sale! ¡De to *chanelo* un poco!

SALVADOR.— ¡Me lo figuro! Y ¿tiene usté bula pa vení más tarde que los demás?

Tío JEROMO.— ¡Tengo la sobrina arcardesa, qué demonio! Sobre que he pasao una noche, Sarvaoriyo, que Dios te libre de na semejante. ¡Que Dios lo libre a usté! Me he equivocao por la costumbre. El hígado, que no quie sé güeno.

SALVADOR.— Pos ahí dentro se cura.

Tío JEROMO.— Pos vamos ayá. Me alegro de verlo a usté tan guapo, don Sarvaó.

SALVADOR.— Grasias.

Tío JEROMO.— Y usté dispense si he fartao.

SALVADOR.— No hay de qué.

Tío JEROMO.— Miste que si a arguna persona quieo yo darle gusto en la casa, es a don Sarvaó.

SALVADOR.— Adentro, hombre.

Tío JEROMO.— *(Conmoviéndose.)* ¡Don Sarvaó de mi arma, no se ponga usté así conmigo!

SALVADOR.— Adentro, hombre; que le teme usté ar trabajo más que a un miura. To esto es entretenerse pa no hasé na.

Librodot

Tío JEROMO.— *(Cambiando de nota, y riéndose.)* ¡Me esbarata usté con sus salías! Hasta luego. *(Se entra riendo en los talleres. Lleva en el corazón la duda de la inamovilidad de su puesto.)*

SALVADOR.— Pos, señó, no creía yo que iban a í las cosas tan aprisa. Ya está aquí la langosta. Y esto sí que hay que cortarlo de raíz. Vamos a vé, hombre, vamos a vé. *(Acercándose a la puerta de los talleres y llamando.)* ¡Lobito! ¡Lobito!

(Sale Lobito a poco. Es un operario mozalbete, vivo y dicharachero. Viene en mangas de camisa, de gorra, pantalón muy viejo y alpargatas, y con un mandil de cañamazo tosco y sucio, atado con una guita a la cintura. En la mano trae una lima grande.)

LOBITO.— Padrino, ¿qué me manda usté?

SALVADOR.—Ven acá. Suerta la lima y vamos a fumarnos un pitiyo.

LOBITO.— Muchas grasias. Toavía no se me había calentao en la mano. Usté yegó anoche, ¿verdá?

SALVADOR.— Anoche.

LOBITO.— ¡Y hoy se funde la *Golondrina*!

SALVADOR.— Hoy se funde. Ya he visto er materia en los crisoles... Y don Leonardo me ha dicho que er morde es primoroso.

LOBITO.— Sí, señó. Se ha hecho con mucho esmero. ¡Hasta coscorrones ha habió en er tayé a cuenta de la *Golondrina*! Como aquí habernos de los dos bandos...

SALVADOR.— ¿Tú eres...?

LOBITO.— Yo soy de eya: yo soy volandero, como nos yaman. Pero Manué Martínez y Bartolo, y er Jorobao, y tres o cuatro más, son señorones, de los de la Iglesia Mayó.

SALVADOR.— ¿Y ese operario nuevo que ahora entraba, sabes tú onde está bautisao?

LOBITO.— ¿Ése? ¡En la carse de Utrera, hasiéndole mucho favó!

SALVADOR.— ¿A la carse?

LOBITO.— No, señó; a é; ya que me tira usté de la lengua.

SALVADOR.— ¿Y... trabaja, trabaja?

LOBITO.— ¿Qué va a trabaja, si no sirve pa yevá una esportiya e tierra de un lao pa otro? *Don Jeromo* lo yaman los aprendises.

SALVADOR.— *(Riéndose.)* ¿Entonces habrá entrao aquí por recomendaciones?

LOBITO.— ¿Se está usté divirtiendo conmigo? ¡Pos si yo pensaba que era usté er que lo había recomendado, según las ausensias que le hase!

SALVADOR.— ¿Habla bien de mí ese sinvergüenza?

LOBITO.— ¡No para su boca! No lo toma a usté en lengua una vé, que no sea pa alabarlo.

SALVADOR.— ¡Vaya por Dios! ¡Qué mal le vi a paga a *don Jeromo*!

LOBITO.— No se meta usté con eso, padrino.

SALVADOR.— ¿Por qué?

LOBITO.— ¿Por qué va a sé?... Porque es tío de eya... y ha venío aquí por eya... y no es mesté habla más.

SALVADOR.— ¿Por eya? Y ¿quién es eya?

LOBITO.— ¡Ay qué grasia! Está la mañana de carnavales.

SALVADOR.— ¿Es quisá Marvaloca?

LOBITO.— ¡Naturalmente! No se haga usté er tonto, padrino.

SALVADOR.— Me lo había figurao; pero no sabía una palabra. Cuenta, cuenta. ¿Se ha quedao en Las Canteras esa mujé?

LOBITO.— ¡En Las Canteras... y en los sesos de don Leonardo! De ayí sí que no sale. Eya vive en una de las casitas nuevas de la Resolana. Pos güeno: cuando don Leonardo no está ayí, eya está aquí. No se puén separá.

SALVADOR.— ¿Viene aquí Marvaloca?

LOBITO.— Cuasi tos los días ha venío. Y a los primeros entraba en los tayeres. ¡Lo que nos reíamos con sus cosas! Porque, eso sí; tiene grasia pa una sementera. Pero se conose que le han dicho que nos distrae der trabajo, y ahora entra mucho menos. Cosa de sentí; porque, fuera parte la simpatía, es dadivosa como pocas personas he visto.

SALVADOR.— Tiene un agujero en la mano; la conozco.

LOBITO.— ¿Un agujero? ¡Una canasta de cola!

SALVADOR.— ¿De manera que don Leonardo...?

LOBITO.— Está sorbió. Cuando viene de ayí es inúti preguntarle cosa ninguna: no se entera. No hase más que habla solo pa su interió y reírse. ¡Como si siguiera a la vera suya! ¡Y cuando por casolidá la está esperando aquí y se tarda eya, hay que juirle! Miste que don Leonardo es fino y bien educao; po se pone más áspero y más duro que er sepiyo de alambre.

SALVADOR.— Mal anda ese hombre, Lobito. Mal anda.

LOBITO.— *(Intencionalmente.)* Eya lo vale, ¿no, padrino?

SALVADOR.— Lo vale, lo vale; pero hay que sabe manejarla. Y este amigo toma las cosas de la vía demasiao a pechos.

LOBITO.— *Pichichi* el ofisiá me ha dicho a mí que esa mujé es un libro que usté se sabe de memoria.

SALVADOR.— Pos dile a *Pichichi* de mi parte que se caye er pico.

LOBITO.— Ahí tenemos a don Leonardo.

SALVADOR.— Y a éste voy yo a necesita ponerle botones de fuego.

(Llega Leonardo por el postiguillo que da al corral. Viene de la calle.)

LEONARDO.— ¡Hola, viajero; buenos días!

SALVADOR.— Ven con Dios.

LEONARDO.— ¿Descansaste?

SALVADOR.— De sobra.

LOBITO.— Padrino, ¿me manda usté argo más?

SALVADOR.— No. Sigue tu faena.

LOBITO.— Vamos ar torno. *(Se entra en los talleres.)*

SALVADOR.— ¿Y tu hermana?

LEONARDO.— *(Señalando la casa.)* Mírala; aquí llega. Yo salí sin verla esta mañana tempranito. Madrugo mucho en este tiempo.

SALVADOR.— ¿Sí, eh?

LEONARDO.— Sí. Me gusta ver levantarse el sol por detrás del castillo. ¿No lo has visto nunca?

SALVADOR.— *(Maliciosamente.)* ¿Er só por detrás der castillo? ¡Sí, hombre! Antes que tú.

LEONARDO.— ¿Cómo?

(Sale de los talleres un operario.)

OPERARIO.— Don Sarvadó, er modelista quiere haserle a usté una pregunta

SALVADOR.— Voy aya en seguida.

LEONARDO.— ¿Qué es ello?

SALVADOR.— Na de partícula; que le he dicho que le dé un poco de más movimiento ar modelo de la verja ésa.

LEONARDO.— Ya.

(El operario entra en el corral, y a poco vuelve a pasar para los talleres con un arma de mano.)

(Sale de la casa Juanela, y Salvador se detiene un punto a saludarla. Juanela acredita

la observación que acerca de ella a hecho Teresona.)

SALVADOR.— Buenos días, poyita.

JUANELA.— Buenos días. Felices, Leonardo. Te he visto venir desde el balcón.

LEONARDO.— ¡Ah!, ¿sí?

JUANELA.— ¡Cómo madrugas! ¡Qué temprano sales!

SALVADOR.— *(Con socarronería.)* En los pueblos... ¿verdá, Leonardo? empiesa la noche tan pronto...

LEONARDO.— *(Turbado.)* Claro... sí.

SALVADOR.— Hasta luego.

JUANELA.— Hasta luego.

SALVADOR.— Si éste le habla a usté mar de mí, no le haga usté caso. (Se *entra en los talleres.)*

JUANELA.— Vayase usted tranquilo. Me parece tu compañero un burlón muy grande. *(Leonardo está ensimismado. Juanela lo observa unos instantes en silencio.)* ¿En qué piensas?

LEONARDO.— ¿Eh?

JUANELA.— ¿En qué piensas? ¿Estás aquí o en otra parte?

LEONARDO.— No, que estoy aquí. Sólo que me había distraído. ¿Qué quieres?

JUANELA.— Nada, hombre; que te des cuenta de que estás aquí y de que yo también lo estoy.

LEONARDO.— Ya, ya me doy cuenta.

JUANELA.— Ahora voy a salir con Teresona a dar una vuelta por el pueblo, ¿no?

LEONARDO.— Sí. Con Teresona; sí. Teresona es muy buena mujer. Era la guardesa de esta casa antes de tomarla nosotros, y la he conservado a mi servicio.

JUANELA.— Parece que te quiere mucho.

LEONARDO.— Sí.

JUANELA.— ¿Qué te pasa, Leonardo? A ti te pasa algo. Desde anoche lo noto.

LEONARDO.— No, tonta; ¿qué me ha de pasar? Lo que hay es que hace tiempo que no vives conmigo y ya te has olvidado de mi genio. Anda, vete a pasear con Teresona. Te gustará el pueblo; te gustará.

JUANELA.— La parte que vi ayer, bien que me ha gustado. ¡Qué luz tiene! Y ¡qué blancura todas las casas! Cuando les da el sol lastiman los ojos. ¿Te acuerdas tú cómo soñábamos allá en nuestra aldea con esta tierra de Andalucía? A mí me parecía tierra que nunca había de ver: tierra de fábula.

Librodot

LEONARDO.— *(Distraído.)* Pues ya estás en ella.

JUANELA.—Yo sí; pero tú estás ahora lo menos en Asturias; insisto.

LEONARDO.— No, pequeña; no.

JUANELA.— ¡Vaya! ¡Ni que fuera yo simple! ¿A que va a ser verdad lo que me han contado?

LEONARDO.— *(Rápidamente.)* ¿Qué te han contado?

JUANELA.— Es verdad.

LEONARDO.— ¿Qué es ello?

JUANELA.— Que tienes novia.

LEONARDO.— ¿Que tengo novia? ¿Quién te ha contado eso?

JUANELA.— Una vecina que ayer tarde me vio esperándote al balcón. Y trabó conversación conmigo. Porque la gente de aquí se toma mucha confianza. Lo que se les ocurre, lo que sueltan. Piensan en voz alta, ¿verdad?

LEONARDO.—Algo hay de eso que dices. Exceso de imaginación es todo. De ahí que se equivoquen muchas veces en lo que hablan.

JUANELA.— Y esta vez, ¿se han equivocado?

LEONARDO.— *(Después de mirarla.)* ¿Lo sentirías tú?

JUANELA.— Todo lo contrario. Deseo que te cases para que dejes de rodar por el mundo... y para venirme a vivir contigo.

LEONARDO.— ¿No vives contenta con los tíos?

JUANELA.— Sí... Me miman mucho. Pero es diferente. No es mi casa aquélla, como sería la tuya... como era la de nuestro padre.

LEONARDO.— *(Suspirando.)* Es cierto. Anoche me dijiste que estuviste a verlo antes de venir.

JUANELA.— Estuve, sí. Me entristeció la visita, en lugar de alegrarme. No es dichoso.

LEONARDO.— No podía serlo.

JUANELA.—Y ¡qué pena da que sea una mujer la que desbarate la casa!

(Callan los dos. De la suya sale Teresona, con un mantón que no es el de antes.)

TERESONA.— ¿Nos vamos, niña?

JUANELA.— ¡Ah, Teresona! Sí, nos vamos.

TERESONA.— ¡Ea! pos anda; que yo no pueo deja mucho tiempo la cosina sola.

JUANELA.— Vamos.

TERESONA.— Ahora vi a yevarla a la Iglesia Mayó. Y luego ar Molino, pa que vea los

Librodot

campos desde la asoteíya.

LEONARDO.— Bien, bien.

JUANELA.— Hasta después, hermano.

LEONARDO.— Id con Dios.

TERESONA.— *(A Leonardo, con misteriosa picardía, así que Juanela ha entrado en la casa, y refiriéndose al mantón que trae puesto.)* De su mersé. ¿Usté lo conosía?

LEONARDO.— Calle usted ahora.

TERESONA.— No tenga usté cuidao. Yo no me pierdo por la boca. Quédese usté con Dios. *(Vase tras de Juanela.)*

LEONARDO.— *(Recriminándose enérgicamente.)* ¡Bah! Cobarde aquí, cobarde allí... ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? No me conozco.

(Salvador ha salido de los talleres a tiempo de oírlo y de verlo.)

SALVADOR.— Pa habla solo me parece muy pronto, compañero.

LEONARDO.— ¿Qué?

SALVADOR.— De eso a tira piedras por las cayes no hay más que un paso.

LEONARDO.— ¡Qué buen humor el tuyo siempre!

SALVADOR.— ¿Y er tuyo, no? ¿No lo tienes hoy?

LEONARDO.— Casi nunca, ya sabes. Y hoy, desde luego, no.

SALVADOR.— Pos ¿qué te ocurre?

LEONARDO.— Cosas.

SALVADOR.— Cosas de eya, ¿verdá?

LEONARDO.— ¿Eh?

SALVADOR.— Er cariño tiene esos disparates: a lo mejó empiesa a yové con er só fuera. Pero pasa pronto er chubasco.

LEONARDO.— ¿Qué es lo que te figuras?

SALVADOR.— No son figurasiones. Es que sé que a la fieresita que presumes que hay dentro de ti, la está domesticando la música de una farda bajera.

LEONARDO.— ¡De qué modo dices las cosas! Y ¿por dónde sabes tú eso?

SALVADOR.— Por ti mismo.

LEONARDO.— ¿Por mí?

SALVADOR.— ¡Por ti!

LEONARDO.— ¿Desde cuándo?

SALVADOR.— Desde er día en que Marvaloca yegó a Las Canteras. En la primera

Librodot

conversación caíste como un recluta. Niégalo.

LEONARDO.— Si a enamorarse llamas tú caer...

SALVADOR.— ¿Lo estás viendo? Yo no tuve más que oírte primero y que mirarte después delante de eya. Los días siguientes ya no fuiste al Asilo por verme a mí, sino por encontrá a Marvaloca. Y como te conozco y la conozco, pa mis adentros pronostiqué que ibas a dura menos que el estaño en er fuego.

LEONARDO.— Y así ha sido. Debo confesártelo a ti, que eres un amigo leal y del alma. Yo no he estado nunca delante de una mujer que más me cautive y me interese.

SALVADOR.— Sí, sí; yeva consigo la fló de la simpatía.

LEONARDO.— No es bastante decir simpatía para explicar la atracción que ella ejerce: es que no tiene palabra ni movimiento que no enamore. A mí me emboba. No sé si por contraste de mi condición y la suya, pero me emboba.

SALVADOR.— Tiene, tiene grasia.

LEONARDO.— Es algo más que gracia. Es luz en la boca, luz en la frente, luz en las manos, luz en los cabellos...

SALVADOR.— Eso pué que sea briyantina.

LEONARDO.— ¿Te burlas?

SALVADOR.— ¿No lo ves?

LEONARDO.— ¿Es ridículo acaso lo que estoy diciendo?

SALVADOR— ¡Qué disparate! Mi burla es un poco de envidia de verte tan enamorao. Yo me quiero enamora de esa manera, y no me sale nunca. O casi nunca.

LEONARDO.— Nunca. Pero no te importe; quizás así vivas más tranquilo. Más dichoso no diré yo. Malvaloca se ha entrado por mi alma, despertando en ella sentimientos dormidos o nuevos. ¿Creerás que hasta el sufrir a su lado me alegra íntimamente? Pues sufro y lloro, lo mismo que río y me divierto. Vivo, vivo; y vivir por una mujer, ya es algo.

SALVADOR.— *(Un poco grave.)* Pero, hombre...

LEONARDO.—Yo te juro por nuestra amistad que no me fascina de Malvaloca solamente el hechizo de su persona; la pasión de sus ojos; la gracia de su aire y de sus palabras.

SALVADOR.— ¿Qué má?

LEONARDO.— Tanto como todo ello junto, más que ello, si cabe, me seduce, y me conmueve, y me hace temblar la ingénita bondad de su corazón; aquella generosidad loca; aquella honda tristeza de su desgracia, de la que más que sus palabras me hablan a mí sus lágrimas; lágrimas inesperadas que asoman siempre en momentos de dicha. ¿Comprendes esto?

SALVADOR.— Sí, lo comprendo, sí. Y también comprendo que estás pa que te aten.

LEONARDO.— ¿Qué dices?

SALVADOR.— Pero ya pasará, ya pasará ese fuego.

LEONARDO.— *(Como preguntándose a sí mismo.)* ¿Pasará?

SALVADOR.— ¡Claro, hombre! ¡Ahora estás enmelao! Ya sé, ya sé también lo de la casita en la Resolana; las veces que tú vas ayí; lo que a ti te encanta vé levantarse er só por detrás der castiyo...

LEONARDO.— *(Riendo.)* ¡Qué bellaco eres!

SALVADOR.— Las visitas de eya a la fundisión...

LEONARDO.— No...

SALVADOR.— Sí.

LEONARDO.— Algunas veces ha venido: lo declaro.

SALVADOR.— No, hombre, no; viene tos los días, ¡qué pamema de argunas veses!

LEONARDO.— Contigo hay que reír. Luego vendrá un ratillo.

SALVADOR.— ¿Qué? ¿Que va a vení luego?

LEONARDO.— Sí; si no ha venido hoy.

SALVADOR.— ¿Qué va a vení luego, Leonardo?

LEONARDO.— Pues ya ¿qué te sorprende?

SALVADOR.— ¡Veo que estás más loco de lo que yo creía!

LEONARDO.— ¿Eh?

SALVADOR.— ¿Y tu hermana?

LEONARDO.— *(Turbado.)* Mi hermana.... Es verdad, sí. A ti te parece mal que estando aquí mi hermana...

SALVADOR.— ¡Claro!

LEONARDO.— Pues no me supongas tan loco. Yo he pensado eso mismo antes que tú. Ayer fui a decirle que no viniera, y no tuve necesidad de ello, porque ella se me anticipó, advirtiéndome que no saldría.

SALVADOR.— ¿Y hoy?

LEONARDO.— Hoy he ido a lo mismo...

SALVADOR.— ¿Y no se lo has dicho tampoco?

LEONARDO.— No.

SALVADOR.— ¿Por qué?

LEONARDO.— Porque... ¡Vaya! ¡Porque es cosa que pugna con mis sentimientos, y no se lo digo!

SALVADOR.— Hases mal, Leonardo.

LEONARDO.— Pues haré mal, pero cumplo con mi conciencia. Yo no le digo a una

Librodot

mujer que es buena, que quiere ser honrada, que deje de venir a mi casa. Eso es tanto como empezar a impedir que lo sea.

SALVADOR.— Pero, vamos a vé: no te arborotes: ¿Marvaloca se ha enterao de que está aquí tu hermana?

LEONARDO.— Creo que no.

SALVADOR.— Pos sin que tú le prohibas que venga, en cuanto se entere de que está, no vuerve.

LEONARDO.— ¿Que no vuelve?

SALVADOR.— Sabe bien er terreno que pisa... y tiene más sentido común que tú.

LEONARDO.— Lo que sabrá será resignarse.

SALVADOR.— Vístelo como quieras. ¡Ni que fueras tú el responsable de la vida de Marvaloca!

LEONARDO.— ¿Qué egoísmo es ése, Salvador?

SALVADOR.— ¡El egoísmo de viví en la tierra y no en la luna!

LEONARDO.— El egoísmo de... Mejor es que no hablemos más de este particular. Hablaríamos hasta cansarnos, y tal vez no llegarías a comprenderme. Hay cosas que no entran en la inteligencia si antes no pasan por el sentimiento.

SALVADOR.— Como te dé la gana. ¿A qué vamos a discutí? De memoria sé yo que cuando está un hombre con esa calentura, no escucha más que lo que ér se dise. Punto y aparte.

(Sale de los talleres el Tío Jeromo y se marcha por el postiguillo al corral. Viene ya en traje de faena, por el estilo del de Lobito, y trae un mazo sujeto a la cintura, una sierra en la mano izquierda y en la diestra un formón. Al pasar saluda a Leonardo.)

Tío JEROMO.— Don Leonardo, mu güenos días.

LEONARDO.— Buenos días, Jeromo.

Tío JEROMO.— Se le felisita a usté por la yegá de don Sarvaó.

LEONARDO.— Muchas gracias.

Tío JEROMO.— ¡Ya estamos trajinando! *(Vase.)*

SALVADOR.— De este operario tan bien educao sí que tenemos que trata. ¿Cómo no me habías escrito una palabra de semejante arquisición?

LEONARDO.— Discúlpame. Ha sido una inadvertencia o un descuido. No tiene importancia ninguna. No creí que fuera necesario.

SALVADOR.— Y no lo era. Lo necesario, lo imprescindible es plantarlo en la caye.

Librodot

LEONARDO.— ¿Al tío de Malvaloca?

SALVADOR.— Justo: a *don Jeromo.*

LEONARDO.— Hasta ahora ha cumplido con su deber.

SALVADOR.— ¿Ése? Ése no ha dao un gorpe en su vía. Además, es un charrán de suelas y de mala sangre. Y un peligro en la casa. Ya he visto una barajiya por los talleres; y la boteyiya e vino no tardará en ení.

LEONARDO.— ¿Y a ti te consta que él haya traído la baraja?

SALVADOR.— Estoy seguro. Y les sacará los cuartos a cuatro infelises. Más te digo: las herramientas y las dos badilas que se han echao de menos, ér se las ha yevao.

LEONARDO.— ¡Ahí no; pues eso, no. Hay que imponerle un correctivo eficaz.

SALVADOR.— Lo que hay es que pegarle un puntapié y echarlo a la caye. Porque si te blandeas y lo consientes, vas a tené, sobre er daño que ér solo te haga, la reata de toa la familia y sus conosimientos. El hermanito de Marvaloca, la madre, er padre, er compadre, la comadre, er tito, la tita... Conozco la casa.

LEONARDO.— Todo eso huelga.

SALVADOR.— Yo creo que no.

LEONARDO.— Pues yo creo que sí. Aquí no hay más que un operario que puede ser perturbador, y a quien despediremos hoy mismo. ¿O es que me crees tan débil que por complacencias ajenas a nuestros intereses he de pasar por algo que pueda ser un daño para ellos y una desmoralización en la casa? Pues te equivocas. Hoy mismo quedará despedido ese hombre.

SALVADOR.— No es pa tanto.

LEONARDO.— Sí lo es, Salvador. *(Viendo aparecer al Tío Jeromo, que vuelve del corral con todas las herramientas en la misma forma que antes.)* Y aun hoy mismo, es tarde: ahora mismo.

SALVADOR.— ¡Lo has tomado con prisa!

LEONARDO.— Para hacer lo que debo hacer siempre tengo prisa. Escuche usted, Jeromo. De usted hablábamos, precisamente.

Tío JEROMO.— ¿De mí?

LEONARDO.— De usted.

Tío JEROMO.— ¿Bien o má?

SALVADOR.— Don Leonardo, bien. Y yo le yevaba la contraria.

Tío JEROMO.— ¡Je! *(Leonardo va a su mesa y hojea el libro de jornales. El Tío Jeromo se huele la partida y echa mano de la adulación, para quebrantar al enemigo.)* Güeno, yo estoy como los chiquiyos der tayé bautisaos en esta parroquia: soñando con la fundisión de la

Librodot

Golondrina. ¡Qué rajo, don Sarvaó, qué rajo! ¡Pa escribirlo en la Historia de España! ¡Vayan con Dios los rajos!

LEONARDO.— Bien está.

Tío JEROMO.— ¿Cómo dise?

SALVADOR.— Otro rajo que vamos a tené ahora mismo.

LEONARDO.— Desde este momento queda usted despedido de la fundición.

(El gesto de estupor de Tío Jeromo al oír a Leonardo es indescriptible. Mira luego alternativamente al uno y al otro, siempre mudo, y al cabo rompe a hablar diciendo.)

Tío JEROMO.— ¿Querrán ustés creé que no me salen las palabras?

LEONARDO.— Ni falta que hace. He dicho yo las que había que decir.

Tío JEROMO.— ¡Un rayo cayéndome a los pies no me deja más muerto! ¡A mí me han calurniao! *(Altanero.)* ¿Qué mentira se ha inventado contra mí?

LEONARDO.— Está de más toda explicación.

Tío JEROMO.— Don Leonardo, a un griyo es, y se lo escucha. ¡Y vale dos cuartos!

SALVADOR.— ¡Es que usté no vale los dos cuartos!

LEONARDO.— Puede usted retirarse.

Tío JEROMO.— ¡Eso es! ¡Como un perro! ¡A la caye un obrero honrao! ¡Luego disen que hay güergas!

SALVADOR.— Usté se declaró en huerga er día que nasió.

Tío JEROMO.— *(Patético.)* ¡Sarvaó!... ¡Sarvaoriyo!... ¡Yo no esperaba esto de ti!

LEONARDO.— ¿Qué es eso?

Tío JEROMO.— ¡Mía que eya va a sentirlo mucho!

LEONARDO.— *(Molesto.)* ¿Eh?

Tío JEROMO.— ¡Don Leonardo, siquiera por eya, que es toa corasón, y que me quiere a mí más que a su padre!

LEONARDO.— ¡Silencio! Es inútil que se obstine usted,

SALVADOR.— ¿Se le debe argo?

LEONARDO.— Al revés. Hace dos días le anticipé cinco jornales. Pero estamos en paz.

Tío JEROMO.— ¡No; si toavía vi a tené que darle a usté las grasias! *(Mordiéndose un puño.)* ¡Mardita sea! (A *Salvador, con arranque de cólera.)* ¡En tus tiempos no había pasao una cosa así!

SALVADOR.— ¡Ya se está usté cayando!

Tío JEROMO.— ¡Tú la querías más que éste!

LEONARDO.— *(Agarrando violentamente un martillo que hay sobre la mesa.)* ¡O desaparece usted de mi vista ahora mismo, o le abro la cabeza en dos partes!

Tío JEROMO.— Güeno, hombre, güeno... Arrieros somos y er camino andamos... *(Principia a dejar con mal modo las herramientas en un rincón.)*

LEONARDO.— *(A Salvador.)* ¿Era esto lo que había que hacer?

SALVADOR.— Ya has visto que sí; que esto era.

LEONARDO.— Pues ya está hecho. *(Se entra en la casa.)*

Tío JEROMO.— ¿Luego, por lo que oigo, Sarvaó, has sío tú er que ha precipitao a este hombre a dejarme sin pan?

SALVADOR.— ¡Largo, largo!...

Tío JEROMO.— ¡Pos el hambre es mu mala consejera!

SALVADOR.— ¡Largo le digo!

Tío JEROMO.— ¡Te acordarás de mí! ¡Y ese panoli! ¡Y Marvaloca! ¡Va a tarda mucho en sabe to esto la niña que ha venío de fuera! ¡Mucho va a tarda!

SALVADOR.— ¡A la calle!

Tío JEROMO.— ¡Que toavía tengo un maso en la mano!

SALVADOR.— ¡Pero además der maso hay que tener coraje pa manejarlo! ¡Qué bravatas!

(El Tío Jeromo tira el mazo al suelo con rabia, se muerde nuevamente el puño, y se entra airado en los talleres.)

Tío JEROMO.— ¡Mardita sea!

SALVADOR.— Ya salimos de é. Era una escena inevitable. *(Llamando.)* ¡Lobito! ¡Lobito! Tarde o temprano era inevitable. Y ese infeliz se ha tomao un torosón *(A Lobito, que sale a la puerta de los talleres.)* Oye, Lobito: no quitarle ojo ar Tío]eromo hasta que se vaya.

LOBITO.— Ya estamos en eyo, padrino.

SALVADOR.— Es capaz de cualquier disparate.

LOBITO.— ¡Menúa risa hemos tenío ahí dentro! ¡Habemos escuchao toa la bronca!

SALVADOR.— Anda, anda.

LOBITO.— No pase usté cuidao. (Se *retira.)*

SALVADOR.— *(Yendo hacia la casa.)* Carmaremos ar compañero un poco.

(Oportunamente aparece por el postiguillo del corral Malvaloca. Viene de mantón, sencillamente vestida, y sin más alhajas que unos pendientes muy modestos.)

Librodot

MALVALOCA.— ¿Quién vive?

SALVADOR.— ¿Eh? ¡Marvaloca!

MALVALOCA.— Adiós, hombre. ¿Pareciste ya? ¿Cuándo has venío?

SALVADOR.— Anoche.

MALVALOCA.— De tu pueblo te fuiste a Málaga a vé a las amigas, ¿no?

SALVADOR.— Cabalito.

MALVALOCA.— ¿Me habrás traío pasas?

SALVADOR.— ¿Pa refrescarte la memoria?

MALVALOCA.— ¡Pa ponerlas en aguardiente!

SALVADOR.— Yo no sabía que estabas aquí.

MALVALOCA.— ¡Carambo!

SALVADOR.— Yo te hasía en Seviya.

MALVALOCA.— Y yo a ti en Roma, besándole ar Papa la babucha.

SALVADOR.— Pos yo me fui de Las Canteras, y he vuerto.

MALVALOCA.— Pos yo ni he vuerto, ni me fui. ¡Ni me voy!

SALVADOR.— ¿Tanto te gusta er pueblo?

MALVALOCA.— ¡Como que he fincao!

SALVADOR.— ¿Con vistas ar campo o ar río?

MALVALOCA.— Con vistas ar reló del Ayuntamiento. ¡Échate ya pa un lao, fogonero, que tiznas!

SALVADOR.— ¡Cámara, lo que cambian los tiempos!

MALVALOCA.— Pa mejora siempre. ¿Y ese hombre? ¿Se ha escondió?

SALVADOR.— Arriba lo tienes. Hasiendo números por ti.

MALVALOCA.— Y va en serio. Y yo por é.

SALVADOR.— Quita números.

MALVALOCA.— No quito na. Más verdá es que er só que alumbra.

SALVADOR.— ¿Así andamos?

MALVALOCA.— ¡Uh! Tú no sabes de eso. Somos dos amantes pa una lámina.

SALVADOR.— Como los de Terué.

MALVALOCA.— ¡En Terué hase frío!

SALVADOR.— Pero ¿a tanto yega la fiebre?

MALVALOCA.— Cuarenta y ocho y désimas. ¿Dónde dises que está?

SALVADOR.— Estará con su hermana.

MALVALOCA.— *(Sorprendida.)* ¿Ha venío la hermanita por fin?

Librodot

SALVADOR.— Ayé vino.

MALVALOCA.— Entonces yo me voy. ¿No te párese a ti que debo irme?

SALVADOR.— A mí, sí.

MALVALOCA.— Y a mí también. Las cosas son las cosas. ¿Cómo no me lo ha dicho Leonardo?

SALVADOR.— ¡Porque Leonardo lo ha tomao en redentó!

MALVALOCA.— No lo digas en chufla. ¡Es más romántico! ¡Más romántico es! ¡Uh! To le adorna; to le ve con estreyas.

SALVADOR.— Y a ti te sienta bien er romanticismo: estás más guapa; tienes buenos colores.

MALVALOCA.— La tranquilidá, hijo, que hase milagros.

SALVADOR.— Esos pendientes no son de mis tiempos.

MALVALOCA.— Ni de los de nadie: son cosas de él. Me ha hecho estrená hasta las horquiyas. ¡Mía que las horquiyas! Pos hasta eso. Y de toas mis alhajas he tenío que despedirme pa un rato.

SALVADOR.— ¿Y mi reló?

MALVALOCA.—Le ha dado un calambre ar minutero. A buena parte vas. No es que él me haya hablao una palabra ni que tenga selos de ti, ¿lo oyes?, pero te nombro y se pone verde. Más daño le hases tú que ninguno.

SALVADOR.— *(Con gesto y acento de pesadumbre.)* ¡Vaya por Dios!

MALVALOCA.— Me quiere con seguera.

SALVADOR.— Eso veo.

MALVALOCA.— Como ningún hombre en er mundo.

SALVADOR.— ¿Metiéndome a mí?

MALVALOCA.— ¿Quiés cayarte? ¿Vas a compara er cañamaso con la sea? Me quiere más que nadie...., y de otro modo.

SALVADOR.— ¿De otro modo que yo también?

MALVALOCA.— De otro modo; sí.

SALVADOR.— Y ¿en qué consiste la diferensia?

MALVALOCA.— ¡Hasta en la manera de cogerme las manos! ¡Hasta en la manera de respirá a la vera mía! No me trata como a una mujé, sino ¡con una cosa!... A vé si yo me sé esplicá: si er primer hombre que a mí me pretendió de mosita hubieras sido tú —es un poné— con to y con sé tú un hombre bueno a estas horas sería yo lo mismo que soy: una desgrasiá. Si er primer hombre que da conmigo es ese hombre... ¡otra sería mi suerte! Ahora no tendría yo que irme porque hubiera yegao su hermanita. ¿Me esplico?

Librodot

SALVADOR.— Sí.

MALVALOCA.— ¿Y pondero?

SALVADOR.— No.

MALVALOCA.— No te piques tú, Sarvadoriyo. A ti yo tengo mucho que agradeserte; pero eso no tiene na que vé con este cariño, que nunca había probao Marvaloca. Tú eres bueno... porque no eres malo. Y él es bueno... por eso, porque es bueno. Pa que tú lo entiendas: tú eres bueno por la mañana y él es bueno to er día. Una cosa así.

SALVADOR.— Es bueno, es bueno.

MALVALOCA.— ¡Mas bueno que un cura der teatro! Como que a mí, cuando sueño con él siempre se me representa con er pelito blanco y er baculito, y casando a to er mundo.

SALVADOR.— ¡Ja, ja, ja!

MALVALOCA.—Y me voy sin verlo, que no quiero que me piye aquí la hermanita.

SALVADOR.— ¿Le digo que has estao?

MALVALOCA.— Sí; díselo. No; no se lo digas.

SALVADOR.— Como quieras.

MALVALOCA.— Díselo, sí. ¿Pa qué hemos de anda con misterios? Adiós.

SALVADOR.— Espérate un instante, que ahora nos vamos a reí.

MALVALOCA.— ¿De qué?

SALVADOR.— Der Tío Jeromo. Lo hemos tenío que planta en la caye.

MALVALOCA.— Era natura. Y me alegro, no te figures tú. Me han contao ya dos o tres hasañas suyas en los tayeres, y renegaba de la hora en que le pedí a Leonardo que le metiera aquí. ¡Ay, qué gente esta mía!

(El Tío Jeromo sale del templo del trabajo en dirección a la inhospitalaria calle, torvo y mohíno. Va tal cual lo vimos aparecer al principio de la jornada.)

Tío JEROMO.— ¡A la caye, a morirme si es menesté en er poyete de una puerta, pero con la frente en las nubes!

SALVADOR.— ¡Vaya usté con Dios!

MALVALOCA.— ¡Vaya usté en hora buena!

(El Tío Jeromo los mira desdeñosamente, y se va por el postiguillo. Malvaloca y Salvador sueltan la carcajada.)

SALVADOR.— ¡Qué mamarracho es!

MALVALOCA.— ¡Me ha hecho grasia la manera como ha salió! *(Sigue la risa, que sorprende Leonardo, que vuelve. ¿Habrá que decir que le contraría?)* ¡Hola!

LEONARDO.— ¡Hola!

MALVALOCA— Nos reímos de que ha pasao pa la caye er Tío Jeromo, con toda la cara de un traidó.

LEONARDO.— *(Disculpándose.)* No ha habido más remedio que despedirlo.

MALVALOCA.— Y yo soy la primerita que se alegra. Pero, cuidao con él, que tiene malas purgas. Es mu vengativo, y capaz de inventá cualquier cosa.

LEONARDO.— No sé qué ha de inventar.

MALVALOCA.— ¡Ni vayas tú ahora tampoco a ponerte a sacarle los sesos a lo que yo he dicho! No he querido más que prevenirte. ¿Verdad que es mu vengativo, Sarvadó?

SALVADOR.— Sí; pero ¿qué caso ha de haserle nadie? Vamos a vé si fundimos pronto. *(Se entra en los talleres.)*

MALVALOCA.— ¿Tú qué tienes, Leonardo?

LEONARDO.— Nada, mujer.

MALVALOCA.— No me digas que na, porque te yegan las orejas ar pescueso. Y que ya te tengo estudiao, como los astrónomos las nubes. Se revuercan los perros, seña de agua. Vengo yo, no me resibes tú con la cara alegre, temporá tenemos.

LEONARDO.— No.

MALVALOCA.— ¡Sí! ¿Te ha molestado quisás que me estuviera riendo con Sarvadó? ¡Era der Tío Jeromo!

LEONARDO.— No seas niña. ¿Cómo ha de molestarme una cosa así? Verás lo que hay. Tengo que anunciarte una novedad...

MALVALOCA.— Mía tú cómo se revorcaban los perros. No mienten las señales. ¿Te ríes?

LEONARDO.— Sí. Óyeme.

MALVALOCA.— Acaba ya, que me estás poniendo en cuidao.

LEONARDO.— Mi hermanita ha venido.

MALVALOCA.— Ya lo sé. Me lo ha dicho ése.

LEONARDO.— ¡Ah! ¿te lo ha dicho ése?

MALVALOCA.— Sí. ¿No es más que eso to? Pos no te violentes ni te apures, que mientras esté aquí tu hermanita yo no pongo los pies en tu casa.

LEONARDO.— ¿Por qué?

MALVALOCA.— Porque se me va a torsé un tobiyo ar pasa la puerta. Sin broma: porque no está bien que yo venga, Leonardo.

Librodot

LEONARDO.— ¿También te lo ha dicho...?

MALVALOCA.— No; se lo he dicho yo a é. Sarvadó lo que me ha dicho es que a ti no te paresía mar que yo viniera.

LEONARDO.— ¿ Ah, sí?... Es cierto... ¿sabes?..., pero luego lo he pensado mejor. No debo ser intransigente. Te agradezco mucho tu resolución, Malvaloca. No vengas; yo iré allá.

MALVALOCA.— ¡Ea!, pos se acabó er martirio. Alegra esa cara, que no me gusta verte triste.

LEONARDO.— Y ¿cómo he de estar, si te quiero lo que te quiero, y tengo que esconderte como una vergüenza?

MALVALOCA.— ¡Vaya!

Ya está yoviendo,
los pájaros corriendo,
la caye en bote en bote
y Periquiyo sin capote.

Periquiyo soy yo. ¿Cuándo te vas a convensé de que remové la tierra es marsano?

LEONARDO.— *(Con dolor.)* ¡Según qué tierra!

MALVALOCA.— *(Con amargura.)* ¡Pos por eso lo digo! ¡Si ya sabes tú qué tierra soy... y en qué tierra has sembrao!

LEONARDO.— Perdóname. ¡Quisiera ahogar en mi alma este sentimiento siempre que estoy contigo; pero no puedo, porque a tu lado pierdo la voluntad!

(Se miran.)

MALVALOCA.— *(Resueltamente.)* Hasta luego. Me marcho.

LEONARDO.— ¿Te vas?

MALVALOCA.— Sí; no sarga la niña.

LEONARDO.— No temas; no está aquí. La ha llevado Teresona a ver algunos sitios del pueblo.

MALVALOCA.— Entonses...

LEONARDO.— ¿Qué?

MALVALOCA.— ¿Vais a fundí la *Golondrina?*

LEONARDO. — Sí; dentro de poco.

MALVALOCA.— ¿Dará tiempo a que yo lo vea?

LEONARDO.— ¿A... que tú lo veas? Te diré...

MALVALOCA.— No; no me digas na. Aunque dé tiempo no lo veo. Te choca que entre en los tayeres.

LEONARDO.— Aparte de eso; es que la campana se funde como todo: como tantas cosas que tú has visto fundir. Ya está el molde en la tierra...

MALVALOCA.— Y que es igualito a la campana rota. Ése sí que lo he visto yo.

LEONARDO.— Más te hubiera interesado ver cómo deshicimos la campana rota.

MALVALOCA.— Es verdá. ¿Por qué no me avisaste?

LEONARDO.— No caí.

MALVALOCA.— Pos dime cómo fue.

LEONARDO.— Sencillamente, caldeándola sobre una hoguera, y a golpe de martillo.

MALVALOCA.— ¿Y se hiso peasos?

LEONARDO.— Justo.

MALVALOCA.— Como si fuera de cristá.

LEONARDO.— Lo mismo.

MALVALOCA.— Y los peasos ya están derritiéndose en los crisoles.

LEONARDO.— Eso es.

MALVALOCA.—Y ahora de los crisoles van a la tierra por er bebeero.

LEONARDO.— Cabal. Ya sabes de esto más que yo.

MALVALOCA.— De manera que la campana es la misma.

LEONARDO.— La misma... y otra.

MALVALOCA.— Me acuerdo de que er primer día que nos hablamos me esplicaste tú mu bien esta faena. Se me quedó impreso to lo que me dijiste.

LEONARDO.— ¡Buena memoria!

MALVALOCA.— Más buena es la tuya, arrastrao.

LEONARDO.— ¿La mía? ¿Por qué?

MALVALOCA.— Por na.

LEONARDO.— No; por algo lo has dicho.

MALVALOCA.— ¡Ea! ¡Otra cavilasión! Me he enamorao der tío Cavila; un chochera que había en mi tierra, que se vorvió loco cavilando.

LEONARDO.— Bueno; dime por qué me has dicho eso de la memoria.

MALVALOCA.— ¿Por qué va a sé, silisio? ¡Porque no te cuento una cosa mía que no se te quee en la cabesa como fundía en bronse!

LEONARDO.— ¡Ay! ¡Es verdad!

MALVALOCA—Pero, ven acá, mala persona, ¿te pesa haberme conosío?

LEONARDO.—¡Nunca!

Librodot

MALVALOCA.— ¿Me quieres tú?

LEONARDO.— ¿Y tú me lo preguntas?

MALVALOCA.— Entonses, ¿qué importa lo que fue?

LEONARDO.— Importa, importa... Tanto me importa a mí, que solamente cuando lo olvido soy dichoso.

MALVALOCA.— Pos mira: se me ocurre una solusión.

LEONARDO.— ¡Si la hubiera!...

MALVALOCA.— ¡Fúndeme como a la *Golondrina*!

LEONARDO.— *(Perplejo.)* ¿Como a la *Golondrina?*.

MALVALOCA.— Ya hay una copla que habla de eso.

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

¿Nunca la has oído?

LEONARDO.— Nunca, hasta ahora.

MALVALOCA.— Se conose que la ideó argún caviloso de tu linaje; de estos que quién componé la justicia der mundo. A la cuenta se enamoró de una mujé que quisá tuviera derecho a otra suerte más buena, y sacó esa copla.

LEONARDO.— ¿Cómo es?

MALVALOCA.— *(Repitiéndola con todo sentimiento.)*

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

LEONARDO.— *(Atrayéndola hacia sí con pasión...)* Ven acá.

MALVALOCA.— ¿Qué quieres?

LEONARDO.— Mírame.

MALVALOCA.— Ahora con las lágrimas no te veo.

LEONARDO.— Ni yo a ti.

MALVALOCA.— Suerta. (Se *separa de él.)* Me voy. Hasta luego.

LEONARDO.— ¡Adiós!

Librodot

(Al abrir Malvaloca el postiguillo del foro para marcharse aparecen la hermana Piedad y Mariquita. Mariquita viene de gala. La presencia de ambas sorprende por igual a los dos amantes, y alegra a Malvaloca.)

Hª. PIEDAD.— Buenos días.

MALVALOCA.— ¡Mira qué visita, Leonardo!

MARIQUITA.— Güenos días.

LEONARDO.— Adelante, hermana.

MARIQUITA.— ¿Tú por aquí, mujé?

MALVALOCA.— Sí; pero ya me voy.

MARIQUITA.— ¿Te vas? No te vayas. Verás a lo que vengo. No te vayas.

LEONARDO.— *(Respondiendo a una mirada de Malvaloca.)* Quédate.

Hª. PIEDAD.— Mariquita trae una pretensión que no la ha dejado dormir en toda la noche.

MARIQUITA.— En toa la noche; porque lo pensé al acostarme y temí que se me fuera de la cabesa. *(Con cansancio.)* ¡Ay!

MALVALOCA.— Siéntese usté aquí, Mariquita.

MARIQUITA.— Muchas grasias, hija de mi arma.

LEONARDO.— Y usted hermana, siéntese también.

Hª. PIEDAD.— Gracias; no es preciso. La visita será muy corta. ¿Es hoy cuando se va a fundir nuestra *Golondrina?*

LEONARDO.— Hoy. Dentro de un rato. Podrán verla fundir, si quieren.

Hª. PIEDAD.— No haremos sino irnos a nuestra casa a rezar porque el Señor proteja la buena obra. Y ya veo que el deseo de nuestra Superiora es fácil que se logre.

LEONARDO.— ¿Cuál es ese deseo?

Hª. PIEDAD.— Que la campana vuelva a sonar por primera vez el día de la procesión de Nuestro Señor de las Espinas, que sale del Carmen, y que es muy venerado en el pueblo. Es día de fiesta en Las Canteras; se adornan ventanas, balcones y portales; la carrera por donde va el Señor se alfombra enteramente de romero y mastranzo; las muchachas estrenan sus vestidos reservados para ese día... Ya verá, ya verá.

LEONARDO.— Y ¿cuándo es?

Hª. PIEDAD.— El catorce del mes que viene.

LEONARDO.— ¡Pues sobra tiempo!

Hª. PIEDAD.— Tanto mejor. Mucho se alegrará la Superiora.

MALVALOCA.— Diga usté, hermana: ¿y podré yo ir detrás de la prosesión ese día con

Librodot

los pies descarsos?

Hª. PIEDAD.— ¿Por qué no?

LEONARDO.— ¿Con los pies descalzos?

MALVALOCA.— Sí, hombre. Es una promesa.

LEONARDO.— ¿Cuándo la has hecho?

MALVALOCA.— Ahora.

Hª. PIEDAD.— *(Sonriendo bondadosamente.)* De aquí allá puede meditarla.

MALVALOCA.— ¿Pa qué? ¡Tú te estrañas! No es la primera vez que voy detrás de una prosesión de esa manera. Cuando estuvo mala mi niña... Pero, bueno, esto a nadie le importa. ¿Qué trae Mariquita por aquí?

Hª. PIEDAD.— Ella lo dirá.

MARIQUITA.— *(Se levanta.)* Pos yo traigo esto. *(Del seno saca un envoltorio pequeñito, y lo muestra.)*

LEONARDO.— ¿Y eso qué es?

MARIQUITA.— Las cruses y las medayas del hijo que me mataron en la guerra.

LEONARDO.— Y ¿para qué las trae?

MARIQUITA.— Como é, desde que se lo yevaron, no tenía más pío que gorvé a escucha er toque de la *Golondrina* ar lado de su madre, yo quiero que estas medayas y estas cruses que ér se ganó, se junten con er meta de la campana. ¿Puede sé?

LEONARDO.— ¡Ya lo creo! Basta echarlas en un crisol.

MALVALOCA.— Y que va a sé ahora mismo, y por mi mano.

MARIQUITA.— ¿Por tu mano?

MALVALOCA.— Sí. Béselas usté la úrtima vez.

MARIQUITA.— *(Después de besarlas.)* Toma, hija mía, toma.

MALVALOCA.— Traiga usté y venga usté conmigo pa verlo. ¿Has visto tú, Leonardo? ¿No hay que sé madre pa tené esta idea?

LEONARDO.— Sí. Anda.

MALVALOCA.— Voy. Venga usté, Mariquita, venga usté.

MARIQUITA.— Vamos, hija, vamos.

(Sugestionada Malvaloca, mirando las medallas y cruces, como quien lleva en la mano un tesoro, éntrase en los talleres con Mariquita.)

Hª. PIEDAD.— Ciertamente es buena esta mujer. Es buena, es buena...

LEONARDO.— ¿Verdad? ¡Cuando una desgracia irremediable cae sobre una criatura así,

se rebela uno contra todo!

Hª. PIEDAD.— ¿Contra todo, hermano?

LEONARDO.— Hermana, hay que ser santo para resignarse. Siendo hombre, no hay resignación para esto.

Hª. PIEDAD.— Flores tiene el arrepentimiento; flores la piedad y el perdón.

LEONARDO.— ¡El amor es pasión egoísta!

Hª. PIEDAD.— Cuando es grande amor, es pasión generosa también.

(Vuelven Malvaloca y Mariquita.)

MALVALOCA.— Ya está. Cayeron en er fuego, y se las sorbió. Paresía que las estaba esperando.

MARIQUITA.— ¡Pobresito mío!

Hª. PIEDAD.— Se cumplió su voluntad, Mariquita.

MARIQUITA.— ¿Vive tu madre, Malvaloca?

MALVALOCA.— ¿Mi madre? Vamos a no habla de eso.

MARIQUITA.— ¿Por qué? ¿No te quiere?

MALVALOCA.— Vamos a no habla de eso. Sí vive mi madre, Mariquita; sí vive y viva mucho; pero no es como usté, por desgrasia. A mí me gusta verla con los gemelos der revés: todo lo lejos que pueo.

MARIQUITA.— ¡Ay, qué grasiosa!

MALVALOCA.— ¡Miste que tené yo que habla así de mi madre! ¡Yo, que siempre he sentío lástima de Adán, porque no lo cogieron en brasos!... En fin, será mi sino.

Hª. PIEDAD.— ¿Vamonos, Mariquita?

MARIQUITA.—Vamonos. Dios les pague er gusto que me han dao.

MALVALOCA.— ¡Cuando suene la *Golondrina* va a pareserle a usté que la yama su hijo! Usté lo verá.

Hª. PIEDAD.— Don Leonardo, quédese con Dios.

LEONARDO.— Adiós, hermana. Adiós, Mariquita.

MARIQUITA.— Güenos días.

Hª. PIEDAD.— Buenos días.

MALVALOCA.— Vayan ustés con Dios.

(Les abre el postiguillo y las deja pasar. Una y otra se marchan sonriéndole.)

Librodot

LEONARDO.— *(Con explosión de amor desbordado en vehementes palabras.)* ¡Ven acá, tú, Malvaloca; ven acá tú; que cada momento que pasa te quiero más! ¡Ven acá; no te vayas ahora de aquí, ni te vayas nunca de mi lado!

MALVALOCA.— Quita, loco.

LEONARDO.— ¡Te quiero por buena; te quiero por hermosa; te quiero por desventurada! ¡Mírame a los ojos y que yo te mire y me recree, única mujer a quien he querido!

MALVALOCA.— ¿Yo?

LEONARDO.— ¡Tú! ¡Nunca te he dicho esto; pero es hora ya de que lo sepas!

MALVALOCA.— ¡Leonardo!

LEONARDO.— ¡A ti, a tí sola he querido y querré! ¡Ya no sé vivir si no es porque sé que tú vives! ¿Me quieres tú también de este modo?

MALVALOCA.— ¡Te quiero más todavía! ¿Quién me ha hablao nunca como tú?

(Por la puerta de la casa aparece en esto Juanela, inquieta y turbada. Los amantes, que tanto la adivinan como la ven, se separan instintivamente.)

LEONARDO.— ¿Eh?

MALVALOCA.— ¿Qué?

JUANELA.— ¡Ah! ¡Es ella!

LEONARDO.— ¡Juanela! ¡Hermana! ¡Ven aquí!

JUANELA.— No; déjame... No sabía...

LEONARDO.— ¡Sí sabías! ¡Tú has dicho que es ella! ¿Qué has querido decir con eso?

(Malvaloca está sobrecogida y temerosa. Leonardo, excitándose a cada palabra, trata de detener a su hermana y de hacerla respetar y comprender su vivo sentimiento.)

JUANELA.— Nada; no... Déjame, déjame...

LEONARDO.— ¡No; no quiero que te vayas así! ¿Por qué tiemblas ante esta mujer? ¿Qué te han dicho? ¿Quién te ha engañado?

MALVALOCA.— ¡Er Tío Jeromo!

JUANELA.— Nada, nada me han dicho.

LEONARDO.— ¡Sí! ¡Y en lo que te han dicho mintieron! ¡Quién es esta mujer, sólo yo he de decírtelo, y a mí sólo tienes que creerme! Los demás ¡qué saben! ¡No te dirán sino que es mala, que es mala y que es mala!... ¡Ah! ¡Si fuese maldad la desventura, no habría nacido una mujer más mala que ésta!

JUANELA.— Cálmate, Leonardo.

LEONARDO.— ¡Pero yo conozco su vida, y su alma, y sus dolores!... ¡Ella no tuvo, como, tú, quien velara por su pudor, sino quien, por desconocerlo, lo profanara y lo vendiera!... ¡Por aquella casa de donde salimos juntos los dos, yo te juro...! Perdóname... Me exalto hasta no ser dueño de mis palabras... Temo herirte también... Déjame, déjame. Ya te hablaré tranquilo. Ahora, déjame.

JUANELA.— Sí, sí; te dejo, hermano. Ahora es mejor... Te dejo... *(Angustiada y llorosa.)* ¡Jesús, Dios mío! *(Vuélvese a la casa sin dejar de mirarlo.)*

LEONARDO.— *(Acercándose otra vez a Malvaloca.)* ¡Te perdonarán todos! ¡Te respetarán todos! ¡Es ya loco empeño de mi vida! ¡Todos olvidarán lo que fuiste!

(La voz de Salvador, llamándolo desde el interior de los talleres, lo hiere y *lo estremece súbitamente.)*

SALVADOR.— ¡Leonardo!

LEONARDO.— ¡Ay! ¡Todos... menos yo!

SALVADOR.— *(Asomándose.)* Leonardo.

LEONARDO.— *(Con brusca sacudida; como si despertara de un sueño.)* ¡Qué!

SALVADOR.— Ya estamos listos. ¿Vamos a fundir la *Golondrina?*

LEONARDO.— Vamos, sí. *(A Malvaloca.)* ¿Vienes tú?

MALVALOCA.— No. Hasta luego.

LEONARDO.-— Hasta luego. *(Entrándose con Salvador en los talleres.)* Vamos a fundir la *Golondrina.*

MALVALOCA.— *(Con íntimo dolor, que se deshace en copioso llanto.)* ¡Quién fuera de bronse como eya!

Fin del acto segundo

Librodot

Acto tercero

Sala baja, de blancas paredes y techo de bovedillas azules, en casa de Leonardo. Al foro, una gran puerta, por la que se ve el patio, destartalado y viejo. A la derecha del actor, otra puerta que conduce a las habitaciones interiores. A la izquierda, una ancha ventana enrejada, que da a la calle, y cuyo alféizar viene a estar a un metro del suelo. Al pie de él hay un amplio escalón. El marco de la ventana aparece adornado, por la festividad del día, con cortinas de encajes blancos y lazos de colores. Enredadas en el herraje, hasta lo alto, ramas de lentisco y romero. Sobre el alféizar, y también en aros sujetos a los hierros horizontales, macetas con flores. Suelo de losetas. Pocos muebles. Una mesa de pino, cerca de la ventana, espera las flores que han de arrojarse luego al paso de la procesión. Es por la mañana, en el mes de junio.

(Juanela, Teresona y Alfonsa, vestidas como de día de fiesta, terminan el adorno de la ventana. Con ellas están doña Enriqueta y Dionisia, que para ataviarse han sacado también el fondo del baúl. Alfonsa es una sobrinilla de Teresona, de traza lugareña, que ha venido de su pueblo natal a la fiesta de Las Canteras en aquel día, y en quien el sentimiento de la admiración es cosa esencial. Doña Enriqueta y Dionisia, en cambio, no parecen admirarse de nada. Son esposa e hija del dueño de un famoso refino del pueblo y hablan con cierta afectación de finura, a la que no cuadra muy bien su casi total desconocimiento de la ele.)

ALFONSA.— *(En lo alto de una silla.)* ¿Ha quedao con gracia este moño, tía Terezona?

TERESONA.— Ha quedao, ha quedao con grasia. Bájate ya, y vamos a deja el adorno de la ventana, que ya no nesesita más na.

JUANELA.— Sí que está bonita de veras.

ALFONSA.— *(Alejándose un poco de la ventana para verla mejor.)* ¡Ay, qué precioza! ¡Ay, qué precioza está! ¿No es verdad que está muy precioza?

(Dionisia y doña Enriqueta se ríen del candoroso entusiasmo de Alfonsa.)

DIONISIA.— ¡Qué chiquiya ésta! Se armira de todo.

D.ª ENRIQUETA.— A nosotras no nos gustan estas fiestas der pueblo. ¡Son más *cúrsilesl*

TERESONA.— ¿Que son *cúrsilesl* Pos yo las encuentro mu naturales.

JUANELA.— ¿De verdad no les gustan?

DIONISIA.— A mí, no.

D.ª ENRIQUETA.— Ni a mí.

DIONISIA.— Ni a papá.

JUANELA.— Quizá la costumbre de verlas todos los años... Yo, como forastera, les confieso a ustedes que no he visto nunca nada más pintoresco ni más lleno de simpatía que el adorno de todas las calles por donde va a pasar la procesión.

D.ª ENRIQUETA.— Usté ¿qué ha de desirnos a nosotras?

JUANELA.— Lo que siento; la pura verdad.

ALFONSA.— No lo nieguen ustés, zeñoritas; zi hay argunos zanguanes que son artares; ¡con tanto encaje blanco y tanta maceta de arbahaca!... Poz ¿y las cayes, que paresen arfombrás de ramas verdes? ¡Miste, miste, que oló entra por la ventana! ¡Ay! ¡ay! ¡Ze esmaya una!

D.ª ENRIQUETA.— Olores der campo.

DIONISIA.— Mejorana y tomiyo. ¡Si vamos a armirarnos de eso!

TERESONA.— Es que mi sobrina también es forastera.

ALFONSA.— ¡Y me alegro de habé venío der pueblo a vé este día! ¡Ay! ¡ay! ¡Cómo están ezas cayes! ¡Cómo están ezas cayes!

D.ª ENRIQUETA.— Cáyate de las cayes, por Dios, que se ve cada irrisión de barcón adornado...

DIONISIA.— ¡Cada mamarracho se ve!

TERESONA.— ¿En las cayes?

D.ª ENRIQUETA.— En las cayes, sí. *(Saludando por la ventana a unas amiguitas que pasan.)* Adiós, Matirde.

DIONISIA.— Adiós, Ervira.

JUANELA.— Vayan con Dios. ¿No quieren entrar un ratito? ¡Hasta luego entonces!

ALFONSA.— ¡Ay qué vestías que van! ¡Ay qué de moños yevan! ¡Ay qué elegantes!

D.ª ENRIQUETA.— ¡Er cormo, hija, er cormo!

DIONISIA.— ¡Er cormo, mamá!

Librodot

(Se presenta en la puerta del foro Lobito, que viene de la calle y a quien es difícil reconocer. No es el operario tiznado y roto de la fundición; es un galán del pueblo de lo más lucido. A la oreja trae un clavel, y otro en el sombrero, probablemente para ofrecérselo a alguien.)

LOBITO.— *(Antes de que nadie lo vea.)* (¡La pringamos! ¡Las tontas der refino aquí!) ¡Güenas tardes!

JUANELA.— Buenas tardes.

TERESONA.— Ven con Dios, Lobito.

ALFONSA.— ¡Hola, Inacio!

D.ª ENRIQUETA.— Buenas tardes.

DIONISIA.— Buenas tardes.

ALFONSA.— ¡Mía qué elegante tú también!

LOBITO.— Mujé, la fiesta lo píe. Er día e la prosesión, y er día en que va a soná otra vez la *Golondrina,* ¿no se va uno a pone lo mejó que tenga?

ALFONSA.— ¡Y trae cadena, tía! ¿Lo ha reparao usté?

LOBITO.— Sí que traigo cadena.

JUANELA.— Y muy vistosa.

LOBITO.— Reló es lo que no traigo.

ALFONSA.— ¿No traes reló?

TERESONA.— ¡Er demonio eres!

LOBITO.— No, que no lo traigo. He enganchado la forforera ar cabo e la caena pa que haga peso. Pero er gorpe lo doy. Más e cuatro mositas se me han quedao mirando. Y si me preguntan por chufla la hora que es, sargo con otra chufla.

(Risas.)

ALFONSA.— ¡Ay qué ánge tiene!

TERESONA.— Oye, Lobito, ¿es verdad que ha habió gorpes en la Alamea?

LOBITO.— ¡Y los que tiene que habé toavía de aquí a que suene la campana! Los de la *Sonora* se habían figurao que ya estaba la suya sola pa siempre, y er que más y er que menos tiene un berrinche que va a reventa de coraje.

D.ª ENRIQUETA.— ¡Qué bárbaros!

DIONISIA.— Eso es sarvajismo.

D.ª ENRIQUETA.— ¿Usté ve cómo son muy sarvajes en este pueblo?

JUANELA.— Y ¿cuándo va a sonar por fin la campana, Lobito?

LOBITO.— Cuando guerva er Señó de la prosesión por er pueblo, y entre en su Casa. Así lo ha dispuesto la Superiora. Y ar que hay que oí es a Martín er siego.

JUANELA.— ¿A quién?

LOBITO.— A Martín er siego; er campanero que ha sío siempre de la *Golondrina*. ¡Pobresiyo! Se sartan las lágrimas. Paese que le ha resucitao una hija. Tres noches hase que no duerme. Ér dise que no le importa morirse con er primer tañío; pero yo creo que de veras se va a morí. Los pelos se ponen de punta escuchando al hombre.

ALFONSA.— ¡Ay! ¡ay! ¡Qué coza!, ¡qué coza! Y ¿a qué hora paza por aquí la procezión, Inacio?

LOBITO.— Por el Arresife iba hase un ratiyo. De manera que de aquí a media hora vendrá por esta caye.

TERESONA.— Va a sé menesté í preparando ya las flores.

ALFONSA.— ¿Vamos a cortarlas?

LOBITO.— Vamos. Yo te ayúo.

TERESONA.— Ahora iré yo pa ayá.

ALFONSA.— Anda. *(Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.)*

TERESONA.— *(A Lobito, que va a seguirla.)* Cuidao con las flores, Lobito.

LOBITO.— A mí encargúeme usté cuidao con las frutas. Las flores se güelen na más; y las frutas se comen. Ya usté me entiende. (Se *va detrás de Alfonsa.)*

TERESONA.— ¡Qué granuja es! Pero ¿qué va a hasé una, si paese que le gusta la muchacha? Es tan naturá que a los muchachos les gusten las muchachas... y que las personas mayores nos quitemos de su alrededó... Es tan naturá...

DIONISIA.— Claro: cada oveja con su pareja.

DOÑA ENRIQUETA.— ¿Damos nosotras un paseíto?

DIONISIA.— Bien pensado; daremos una vuerta.

D.ª ENRIQUETA.— ¿Usté viene?

IUANELA.— ¿Por qué no?

DIONISIA.— Nos toparemos con mucho pueblerío; pero ¿qué remedio?

IUANELA.— Y ¿qué importa? No van a comernos tampoco.

D.ª ENRIQUETA.— Ahí va la del arcarde. Vamonos con eya.

DIONISIA.— ¡Doña Casirda!

D.ª ENRIQUETA.— ¡Doña Casirda! ¡Espérenos usté!

DIONISIA.— Vamos.

JUANELA.— Vamos allá.

Librodot

(En esto aparece Salvador por la puerta del foro también de tiros largos.)

SALVADOR.— Vaya con Dios lo más fino der pueblo... y de fuera der pueblo.

D.ª ENRIQUETA.— Favo que usté nos hase.

DIONISIA.— Buenas tardes.

JUANELA.— Buenas tardes. Usted siempre el mismo.

SALVADOR.— ¿Se marchan ustedes?

D.ª ENRIQUETA.— A dar un par de vuertas mientras viene la prosesión.

SALVADOR.— No tardará mucho.

DIONISIA.— Cosa de media hora. Ya hemos hecho er cárculo.

SALVADOR.— ¡Por hoy en la caye se saca novio!

D.ª ENRIQUETA.— ¿Vamos?

DIONISIA.— Vamos.

SALVADOR.— ¡Cuidado si han venío forasteros! Y er tiempo está de nuestra parte. Con la yuvia de ayé ha refrescao, y da gusto anda por ahí. Conque por mí no detenerse.

DIONISIA.—Vamos, mamá, que nos espera doña Casirda.

D.ª ENRIQUETA.— Vamos, sí.

JUANELA.— Vayan ustedes, que allá voy.

(Se *marchan doña Enriqueta y Dionisia por la puerta del foro, hacia la izquierda, Juanela se detiene un momento con Salvador.)*

TERESONA.— Pocas personas me hacen a mí daño en er mundo; porque yo, en güena hora lo diga, pa to encuentro discurpa; pero a esta mamá y a esta niña, que se han tragao er moliniyo der chocolatero, no las pueo resistí.

SALVADOR.— A mí me hase grasia la manera de habla que tienen. Paese que han aprendió con er maestro der cuento: «¡Niño: sordao, barcón, ardaba y mardita sea tu arma, se escriben con ele!».

TERESONA.— ¿No sabe usté cómo le yaman ar marío?

JUANELA.— Deje usted eso, Teresona. Oiga usted, Salvador.

SALVADOR.— ¿Qué me manda usté, carita de lástima?

JUANELA.— ¿Se ha enterado usted de lo de hoy?

SALVADOR.— No. ¿Otro desatino de Leonardo?

JUANELA.— Otro capricho. ¿Lo de ayer sí lo sabe?

Librodot

SALVADOR.— Sí; que le dio dos bofetás a uno porque dijo yo no sé qué de Marvaloca. Me lo contaron por la noche. ¿Y lo de hoy, qué es?

JUANELA.— Que se ha empeñado, quizá como consecuencia de lo de ayer, en que venga aquí esa mujer a presenciar el paso de la procesión con nosotras.

SALVADOR.— ¡Pero si yo creía que eya iba a í detrás der Señó con los pies descarsos!

JUANELA.— Eso quería ella; pero él se lo quitó de la cabeza.

SALVADOR.—Y en cambio se empeña en que venga aquí. Está loco.

JUANELA.— Imagine usted... ¿Quién convence a la gente?... Estas amigas yo no sé lo que harán todavía; pero otras que se han enterado, se han excusado de venir. Hable usted con él, no para persuadirlo de que ella no venga, que puesto que él lo quiere y ésta es su casa...

SALVADOR.— Caye usté por Dios.

JUANELA.— Sino para aconsejarle prudencia, discreción..., un poco de respeto a los demás... Él tiene que vivir con las gentes...

SALVADOR.— Será inútil cuanto le diga; pero le hablaré una vez más, ya que usté lo desea. La última, por supuesto.

JUANELA.— Aunque sea la última; no deje usted de hablarle, Salvador. Yo no puedo discutir con él, porque desde niña he sido dócil a cuanto él ha querido. He tenido siempre absoluta fe en su bondad. «Lo hace mi hermano, está bien hecho seguramente.» Así he pensado y he sentido toda mi vida. Pero ahora... ahora le confieso a usted, Salvador, que tengo un torbellino en la cabeza.

SALVADOR.— Está loco.

JUANELA.— No, no está loco. No habla como un loco... Yo, a solas conmigo, muy a solas, comprendo a mi hermano, no crea usted. La razón podrá no tener sentimiento; pero el sentimiento siempre tiene razón.

SALVADOR.— Bien, bien; deje usté los pucheros. Yo hablaré con él... Ande usté, que las amiguitas la aguardan.

D.ª ENRIQUETA.— *(Desde la calle.)* ¿No viene usté, Juanela?

JUANELA.— Sí; en seguida voy. Perdonen ustedes. *(A Salvador.)* Le voy a decir a Leonardo que está usted aquí. *(Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, y luego se la ve cruzar hacia la izquierda por el patio.)*

SALVADOR.— ¡Inosente chiquilla! ¡Vaya un viajesito de recreo que le ha dao el hermanito! Y a ér sí que le ha tocao la china negra.

TERESONA.— Por causa de la gente, que lo envenena to. Él es güeno; eya es güena; la otra es como er pan. ¿És posible que pase na malo entre tres personas tan güenas? ¡Qué disparate! Es lo que yo digo: ¿hay Dios o no hay Dios? Pos si hay Dios, y nadie hase más que

Librodot

lo
que Dios quiere... ¡Dios tiene ya edá pa sabe lo que hase!

SALVADOR.— Eso es vé las cosas como Dios manda.

TERESONA.— Ni más ni menos. Aquí yega.

SALVADOR.— ¿Dios?

TERESONA.— ¡Don Leonardo! ¡Siempre ha de anda usté de chirigotas! Me voy yo a echarle un vistaso a la otra pareja.

(Viene Leonardo de allá dentro por la puerta del foro. Teresona lo deja pasar, y se aleja hacia la derecha, mirando a los dos compañeros.)

LEONARDO.— Me ha dicho Juanela que me llamas. ¿Qué quieres?

SALVADOR.— Verte, lo primero. Después, charla contigo un rato. ¡Si hase lo menos ocho días que casi no crusamos la palabra! A mí se me ha figurao que me huyes.

LEONARDO.— ¿Huirte?

SALVADOR.— No pases cuidao, que no te vi a pedí cuentas der negosio. Tengo en ti entera confiansa.

LEONARDO.— ¿Y para darme estas bromas de chico me has llamado?

SALVADOR.— Contrastes de la vida, hombre. Tú la tomas demasiado en serio, yo tar vez demasiado en broma.

LEONARDO.— Tal vez.

SALVADOR.— Sólo que las veras de los bromistas, cuando se ponen serios, por lo mismo impresionan más. Y ahora va de veras.

LEONARDO.— Milagro.

SALVADOR.— De veras va. *(Cariñosamente.)* ¿Cómo marcha ese corasón, compañero?

LEONARDO.— Destrozándose, pero dichoso.

SALVADOR.— Muy bien. Y la cabesa, loca, pero feliz.

LEONARDO.— Tú lo has dicho.

SALVADOR.— Y to eso por una mujé.

LEONARDO.— ¿Por quién mejor?

SALVADOR.— Pos tocante a esa mujé vamos a echa un párrafo.

LEONARDO.— Prefiero que lo dejes.

SALVADOR.— Es que también hase muchos días que no hablamos de eya.

LEONARDO.— Ni hay para qué.

SALVADOR.— Ahora sí.

LEONARDO.— De esa mujer nadie sabe hablarme. Y menos, tú.

SALVADOR.— No va el aire por donde siempre. Se trata de otra cosa. Esa mujé, Leonardo, le preocupa a tu hermana.

LEONARDO.— No. Le preocupo yo. Y no por ella ni por mí, sino por la gente. Bien lo sé; bien lo veo. Pero mi hermana se va con mis tíos, y día llegará en que también, a propósito de la gente, piense lo que yo.

SALVADOR.— ¡Ah!, ¿se va tu hermana?

LEONARDO.— Sí; se va. Y pronto. Pasado este día, muy pronto. Yo no quiero que nadie, ni siquiera ella, a quien yo he enseñado a ser libre y fuerte, comparta conmigo este sacrificio.

SALVADOR.— ¿Es por las señas irremediable que la aventura dure mucho?

LEONARDO.— Esto no ha sido nunca una aventura. Y durará toda mi vida.

SALVADOR.— ¿Toda tu vida?

LEONARDO.— Sí. Como nunca has querido si no mirabas libre el camino por donde habías de huir, no puedes comprenderme. Malvaloca es mi vida entera. ¡Con qué placer más doloroso junto a mi suerte la de esa mujer!

SALVADOR.— No te comprendo, no. Ayá tú con tus cavilasiones y tus teorías. Pero, en cambio, si no me esplico esa manera de sacrificarse por una pajarita que se encuentra en la caye, sé darme cuenta de otras cosas.

LEONARDO.— *(Molesto.)* ¿De cuáles? ¡Y elige las palabras, por Dios!

SALVADOR.— Óyeme, y contéstame con la verdá, tú que tan frecuentemente me la predicas. Hase tiempo que le estoy dando vuertas en la imaginasión a esta idea, y cuando yo menos lo esperaba le ha yegao su punto. ¿Te sorprendería mucho que yo desaparesiese der pueblo?

LEONARDO.— ¿De Las Canteras, tú?, ¿adonde has de irte?

SALVADOR.— No es eso lo que te pregunto. ¿Te sorprendería?

LEONARDO.— Quizá no.

SALVADOR.— Y ¿te alegrarías? La verdá, Leonardo.

LEONARDO.— La verdad: sí.

SALVADOR.— Lo sé. Como sé también que no dejarás de sentirlo, porque nuestra amistá no es de juego. Pero debo irme de tu lao, y me iré. Sin que yo pueda remediarlo, te lastimo, te hiero, te traigo a la memoria lo que tú quisieras borra der mundo. Y consigas orvidarlo o no, no viéndome a mí te librarás de muchas saetas. Yo no entenderé de cariños grandes de hombres pa mujeres; pero der cariño de un amigo pa otro, sí que entiendo. Va con mi condisión, por lo visto. Me he pasao la vida engañando a mujeres, y no he podio engaña a ningún hombre. ¡Y quiero más a las mujeres, que es lo grande! ¿Entiendes esto tú?

LEONARDO.— Entiendo ahora tu generosidad. Perdóname si alguna vez te llamé egoísta.

SALVADOR.— Bueno, pos se acabó lo que se daba. Dame un abraso.

LEONARDO.— Sí.

SALVADOR.— Y tan amigos... desde lejos. ¿No?

LEONARDO.— Lo que quieras... No puedo hablar.

SALVADOR.— Pos hablaré yo mientras te pasa, pa animarte. No seas tonto, Leonardo, no seas tonto. Despiértate de esa pesadiya; sacúdete el arma. Mira que hay más mujeres que estreyas, y que da lástima que un hombre como tú...

LEONARDO.— Cállate.

SALVADOR.— ¿Por qué me he de cayá? ¿Te figuras que hay ningún nasío que yeve las cosas al estremo que tú las yevas?

LEONARDO.— ¿Y te figuras tú que vivo yo con el alma de nadie? ¡Mi dolor sólo está en mi pecho! ¡Mi dolor es mío; como es mía la íntima satisfacción de padecerlo! ¡Quién pudiera olvidar! ¡Dichosos los hombres cuyos besos a una mujer no se hieren de encontrarse las huellas de otros besos!... Yo no tengo celos ni de ti ni de nadie; tengo celos de toda una vida. ¡Y esa vida es la que quiero para mí! Compadéceme. Alguien viene. Que no me vea llorar.

(Abraza a su amigo y se entra por la puerta de la derecha.)

SALVADOR.— ¡Pobre compañero!

(Llega de la calle Malvaloca, vivamente, como si rastreara la huella de Leonardo. Viste un traje sencillo y trae sobre los hombros amplio velo negro de encaje.)

MALVALOCA.— ¿Y Leonardo? ¿No estaba aquí Leonardo?

SALVADOR.— ¡Hola!

MALVALOCA.— ¡Hola, hombre! ¿No estaba aquí?

SALVADOR.— Aquí estaba. Pero sintió pasos, y se marchó creyendo que era arguien.

MALVALOCA.— Pos no era más que yo.

SALVADOR.— Pos no te ha conosío.

MALVALOCA.— Será por la buya de la caye. ¿Dónde está?

SALVADOR.— Ayá dentro se fue por ahí.

MALVALOCA.— ¿Por aquí?

SALVADOR.— Por ahí. Escúchame.

MALVALOCA.— ¿Qué quieres?

Librodot

SALVADOR.— Desirte una cosa.

MALVALOCA.— Pónmela por escrito.

SALVADOR.— ¿Por escrito?

MALVALOCA.— Sí. Ya sé escribí y lee. Ér me ha enseñao.

SALVADOR.— ¿También a escribí?

MALVALOCA.— Toavía no sé der to. Pero ya pongo algunas letras. Sé pone su nombre y er mío. Hasta luego.

SALVADOR.— Espérate.

MALVALOCA.— ¡Que no!

SALVADOR.— ¿Por qué no?

MALVALOCA.— Porque quieo perderte de vista.

SALVADOR.— ¿Tú también?

MALVALOCA.— Yo también.

SALVADOR.— No me estraña. To se pega en er mundo. Y te vas a salí con eya muy pronto. Pienso que separemos er negosio, ¿oyes?

MALVALOCA.— Bien pensao.

SALVADOR.— Pa irme yo de Las Canteras, naturalmente.

MALVALOCA.— Eso está más bien pensao que lo otro.

SALVADOR.— ¿Te gusta la idea?

MALVALOCA.— ¡Uh! Has tenido un yeno. Por mí y por é me gusta. A enemigo que huye...

SALVADOR.— ¿Soy yo tu enemigo, Marvaloca?

MALVALOCA.— Ar presente, sí. Er tiempo da y quita.

SALVADOR.— Ya me voy. ¿No te remuerde la consiensia de lo que has hecho con ese hombre?

MALVALOCA.— Y ¿qué he hecho yo? ¡Quererlo!

SALVADOR.— Vorverlo loco.

MALVALOCA.— Loca estoy yo también. Y de la misma rama de locura. Hemos corrió la misma suerte.

SALVADOR.— ¿Es posible?

MALVALOCA.— No siempre han de juntarse uno que quiere y otro que se deja queré. Aquí hay dos que se quieren.

SALVADOR.— Pos yo te aconsejo, Marvaloca...

MALVALOCA.— Mira, pelegrino, vete ar desierto a predica. Te va a tené la misma cuenta...

Librodot

SALVADOR.— Está bien.

Castiyos he visto yo
abatios por la tierra...

Como ese hombre te esconde de mí, quéate con Dios, por si ya no nos vemos.

MALVALOCA.— Adiós.

SALVADOR.— La mano, mujé. ¿Ni la mano siquiera, por lo pasao?

MALVALOCA.— Por lo pasao, ná.

SALVADOR.— Pos la mano de despedía, como dos amigos.

MALVALOCA.— Eso sí.

SALVADOR.— Grasias. Adiós.

MALVALOCA.— Adiós.

SALVADOR.— Yo siempre soy er mismo.

MALVALOCA.— Pos yo ya soy otra.

SALVADOR.— Adiós. *(Se va a la calle, turbado el espíritu por encontrados sentimientos.)*

MALVALOCA.— Hase bien en quitarse de en medio. ¿Y Leonardo? Yo no me atrevo a entra.

(Vuelven del jardín Alfonsa y Lobito, por donde se marcharon. Alfonsa trae un canasto con flores, que vuelca en la mesa, y prendidos al pecho los dos claveles de Lobito.)

ALFONSA.— En la meza me ha dicho tía Terezona que las vuerque. Azí.

LOBITO.— Y ¿no estaría mejó forma unos ramos?

ALFONSA.— No, zeñó; porque zuertas hay más. Y ze tiran más bien.

MALVALOCA.— ¡Lobito! ¿Eres tú?

LOBITO.— *(Volviéndose.)* ¿Eh? ¡Güenas tardes!, ¿usté por esta casa?

ALFONSA.— Güenas tardes. *(Admirada de Malvaloca.)* ¡Ah!...

MALVALOCA.— No eres conosío. El arcarde me paresiste.

(Alfonsa suelta una carcajada qué se oye en su pueblo. Lobito ríe también.)

LOBITO.— Miste qué grasia le ha hecho a ésta.

MALVALOCA.— ¿Te has puesto así pa saca novia?

LOBITO.— Tras de eso andamos.

(Llega presurosa Juanela, con cierta emoción.)

JUANELA.— Buenas tardes.

MALVALOCA.— *(Algo desconcertada.)* Buenas tardes.

JUANELA.— Le vi entrar a usted, y me separé de unas amigas... ¿Y Leonardo?

MALVALOCA.— No sé.

(Juanela se asoma a ambas puertas.)

LOBITO.-— Tú, vamonos nosotros por más flores.

ALFONSA.— Vamonos, zí; que toas zon pocas pa er Zeñó.

LOBITO.— Y que aquí no hasemos farta ninguna.

(Se retiran Lobito y Alfonsa. Los ojos de Juanela delatan una gran curiosidad ante Malvaloca.)

MALVALOCA.— ¿Usté sabía que yo iba a ví?

JUANELA.— Por mi hermano.

MALVALOCA.— Yo no quería; ésta es la verdá.

JUANELA.— También lo sé. Pero cuando él se obstina en alguna cosa... ¿No se sienta?

MALVALOCA.— Así que ér sarga. Usté me dispensará que se lo diga; pero a su lado me paese que estoy en mi sitio en toas partes, y cuando me farta é no me hayo en ninguna. Y menos aquí.

JUANELA.— ¿Por qué?

MALVALOCA.— Ya lo comprende usté sin que yo se lo esplique. ¿Quiere usté yamarlo?

JUANELA.— Ahora vendrá.

MALVALOCA.—Yo no sé cómo usté, que es su hermana, mirará este cariño nuestro.

JUANELA.— A mí me duele verlo abatido... y verlo llorar.

MALVALOCA.— No hay cariño sin lágrimas.

JUANELA.— ¿Usted cree?

MALVALOCA.—Y Leonardo ha tenío la desgrasia de tropesarme en er camino un poco tarde. Cuando yo vi de la manera que me quería, pensé dejarlo, por librarlo de esta cadena; pero ya no me fue posible: me ataban los mismos eslabones.

JUANELA.— ¿Tan fuertes son?

MALVALOCA.— No hay yunque en que se rompan ni fuego que los deshaga tampoco. A gorpe de corasón se han formao; y yo no he sabio que tenía corasón hasta que sentí a mi lao er de ese hombre. Sonó er suyo, y er mío le respondió como un pájaro. Primero doy la vía que deja de oírlo y de contestarle. Yo, que en este mundo lo he dao to, esto no lo doy.

JUANELA.— Ya veo que ha sido una desgracia.

MALVALOCA.— Pa Leonardo, según usté lo mire. Pa mí ha sío como vorvé a nasé. Y ése es mi martirio: que quisiera vorvé a nasé de verdá pa encontrármelo como ér se merese.

JUANELA.— ¡Pero eso es imposible!

MALVALOCA.— Pos por ese imposible son las lágrimas de los dos.

JUANELA.— Pues es bien doloroso.

MALVALOCA.— Más dolorosa ha sío mi vía, y toavía estoy de pie.

JUANELA.— ¿Más dolorosa aún?

MALVALOCA.— Pero ¿no oye usté, que ahora es cuando empieso a viví? ¡Mi vía de antes!... ¡Qué sabe usté de penas!... Si en la frente la yevara escrita... Bueno, no me gusta alabarme. Er resurtao es que Leonardo y yo nos habernos metió en un tune que no tiene salía... ni más luz que la que nosotros mismos le pongamos ar tren. ¡Y no se apure usté demasiao, que de cuando en cuando habrá luminarias! A mí Dios me alumbra los pasos. En los apuros más grandes en que me he visto, siempre he tenío un arranque pa serrá los ojos y seguí. Esto es en mí nativo, como er negro de los cabeyos. ¿Quién viene?

(Doña Enriqueta y Dionisia llegan de improviso. Vienen un tanto sofocadas. Poco después que ellas, vuelven Alfonsa y Lobito con más flores, que esparcen en la mesa, como antes. Les llama la atención el diálogo de la hija y la madre con Juanela, pero se limitan a comentarlo entre sí con gestos significativos.)

D.ª ENRIQUETA.— ¡Ay, Señó, qué arboroto y que buya!

DIONISIA.— ¡Y qué gente más atrevida!

D.ª ENRIQUETA.— Hizo usté muy bien en vorverse... *(Viendo a Malvaloca, y con aire de sorpresa y disgusto.)* ¡Eh!

DIONISIA.— ¿Cómo?

MALVALOCA.— Buenas tardes.

D.ª ENRIQUETA.— ¿Qué es esto?

(Hay un angustioso silencio. Hija y madre se miran asombradas.)

JUANELA.— *(Turbadísima.)* ¿De manera que por ahí no se puede andar, es verdad? Ya me lo figuraba...

D.ª ENRIQUETA.— Ni se puede andar por ahí, ni se puede estar tranquila en ninguna parte. Nos vamos.

JUANELA.— ¿Que se van ustedes?

DIONISIA.— Sí. A mí me ha dado un mareíyo...

D.ª ENRIQUETA.— Sí; le ha dado un mareíyo...

JUANELA.— Le haremos una taza de té...

D.ª ENRIQUETA.— Gracias. Vámonos, hija.

DIONISIA.— Vámonos, mamá.

JUANELA.— Pero ¿no van a ver la procesión?

D.ª ENRIQUETA.— Sí; pero la veremos entrar en la iglesia. Vámonos.

DIONISIA.— Vámonos.

D.ª ENRIQUETA.— Buenas tardes, Juanela.

JUANELA.— Buenas tardes. No saben lo que me contraría...

D.ª ENRIQUETA.— Huerga la esplicasión. Buenas tardes. *(A Dionisia, yéndose.)* ¿Has visto, hija; has visto?

DIONISIA.— ¿Has visto, mamá?

D.ª ENRIQUETA.— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué atrevimiento!

(Se van alteradísimas por la puerta del foro, hacía la izquierda. Alfonsa y Lobito se han ido un poco antes por la misma puerta, hacia la derecha.)

MALVALOCA.— *(Humildemente, a Juanela.)* ¿Se van... porque me han visto aquí? *(Juanela, sin querer, hace un gesto de asentimiento triste.)* Por usté más que por mí me duele. ¿Ve usté? Si no hubiera venío...

(Sale Leonardo por la puerta de la derecha.)

LEONARDO.— ¿Qué?

MALVALOCA.— Dios te guarde, hombre.

LEONARDO.— ¿Qué ha sido? ¿Qué hablabais?

JUANELA.— No... nada...

LEONARDO.— Sí. Dime lo que ha sido.

JUANELA.— Doña Enriqueta y su hija Dionisia... que llegaron...

LEONARDO.— Y se fueron al ver a Malvaloca, ¿no?

MALVALOCA.— Sí.

JUANELA.— Sí.

LEONARDO.— Vayanse enhorabuena. Y otras amigas no han querido venir porque ya sabían... En buena hora también. Allá todos con su conciencia..., pero ¡que no paseen a Jesús por las calles del pueblo!

JUANELA.— Voy por más flores para cuando pase por aquí. *(Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.)*

LEONARDO.— Ya lo ves: te huyen.

MALVALOCA.— Tu hermana no.

LEONARDO.— Mi hermana, no. Las otras.

MALVALOCA.— Las otras que huyan. Mientras no huyas tú...

LEONARDO.— ¿A ti te basta?

MALVALOCA.— ¿Pa qué quiero yo más en er mundo? ¿Quién me ha dao la sombra que tú? Eso que se dise tanto: «Yo soy tuya», aquí es argo más que palabras. ¡Leonardo, yo soy tuya!

LEONARDO.— ¡Tú eres mía!

MALVALOCA.— ¡Tuya! Porque vivo sólo pa tí y porque tus pasos son los míos. Levanta los ojos der suelo, caviloso, y mírame a la cara. ¡Mía que vi a enselarme de las losetas! Vamos, menos má que ya te sonríes. ¡Si no tengo más que tus brasos; si me he amparao de eyos como quien se ampara de las ramas de un árbo porque ayí se haya a gusto! *(Con graciosa transición.)* ¡Pero no quiero que seas un sause! Prefiero un naranjo, que da fló y da fruto... y que ni en el invierno pierde las ojas. ¿Te has enterao?

LEONARDO.— *(Apasionadamente.)* ¡Bendita seas tú, que si yo soy el árbol que te ampara, son tus palabras el aire que lo orea!

MALVALOCA.— ¡Qué romántico eres! ¡Lo que te quiero yo, terremoto!

LEONARDO.— Y ¡qué dicha es quererse así! El mundo ya no existe: no existimos más que tú y yo.

MALVALOCA.— ¡Mía que esto nuestro ha sío una candela! ¡Uh! Yevaba yo mi carguita de leña al hombro; empesaste tú a dá suspiros... y a la media hora ardía to er bosque. Y no hay como este fuego, ¿verdad?

LEONARDO.— No hay como este fuego. No hay como tú.

MALVALOCA.— ¡Qué bonito es enamorarse! Está una con la persona que quiere, más cuando se va que cuando la tiene a su lao. Te despiertas en la noche y no ves otra cosa; te

duermes, y sueñas con eya; te levantas, y toa tu idea es verla aparesé por arguna parte. Que viene, que no viene; que me dijo ayé, que no me dijo; que se rió, que no se rió; que yora; que se ensela; que la grasia con que pone er sombrero en la siya; que se va, que no te vayas, que se tiene que í; que vuervas a la tarde, que mira que vuervas, que por Dios que vuervas, que se fue; que hasta luego...; ¡que vorvió de pronto pa sorprenderme!... ¡Ay, Dios mío! ¡No hay cosa como ésta!

LEONARDO.— ¿Te has enamorado tú muchas veces, Malvaloca?

MALVALOCA.— ¿Quién, yo? Una na más. ¡Pero ha tenío eco!

LEONARDO.— ¿Una nada más? ¿De quién?

MALVALOCA.— ¡De don Pelayo! *(Leonardo se ríe.)* ¿No fue don Pelayo er que conquistó las Asturias, o me has engañao tú?

LEONARDO.— Yo no te engaño nunca.

MALVALOCA.— ¡Pos de don Pelayo me he enamorao! ¡De ti, fundido; de ti me he enamorao en este mundo! ¡De ti, que eres más serio que don Pelayo! Te arvierto que don Pelayo, en Seviya, tiene una caye y to. En er número tres ha vivió mi persona. ¡Quién sabe si ayí empesó nuestra simpatía!

LEONARDO.— *(Embelesado.)* ¡Quién sabe!

MALVALOCA.— ¿Te acuerdas der día que nos conosimos en er convento?

LEONARDO.— ¿No me he de acordar?

MALVALOCA.— Na más que nos miramos, y se vio ese relampaguiyo que briya siempre entre dos que se van a queré.

LEONARDO.— Y luego, cuando tú te fuiste...

MALVALOCA.— Sí; dio la considensia de que tú te veniste detrás de mí... ¡Me alegré yo poco de aqueyo!

LEONARDO.— ¿De veras te alegraste?

MALVALOCA.— ¡Uh! Y después me paré en una esquina, como que no sabía pa dónde tirá...

LEONARDO.—Y yo me acerqué con pretexto de enseñarte el camino.

MALVALOCA.— Y er camino que tú y yo buscábamos estaba entre los dos. ¡Y dimos con él! ¿No, Leonardo?

LEONARDO.— ¡Para no abandonarlo nunca! ¿Verdad?

MALVALOCA.— ¡Verdad, ojos de mi cara! Pero ¡cómo dispone Dios las cosas! ¡Yevarme ayí a preguntá por el otro pa que me encontrara con er que había de sé mío!

LEONARDO.— *(Con súbita tristeza.)* ¡A preguntar por el otro!

MALVALOCA.— Sí; por el otro. ¡Pa encontrarte a ti! ¡No te vuervas siprés, que estabas

Librodot

mu bien de naranjo! ¡Si el otro se va ya pa siempre!

LEONARDO.— Tú ¿cómo lo sabes?

MALVALOCA.— Porque soy adivinadora.

LEONARDO.— ¿Te lo ha dicho él? ¿Os habéis despedido?

MALVALOCA.— Sí.

LEONARDO.— ¿Cuándo?

MALVALOCA.— Aquí, hase un momento; cuando tú lo dejaste. Se va. Dios lo proteja y buen aire yeve.

LEONARDO.— Se va, se va... sí, se va... Pero ¿se irán de mi cabeza los pensamientos que él a todas horas despertaba?

MALVALOCA.— ¡Leonardo!

LEONARDO.— ¡Malvaloca, alma mía, si es que esto es más fuerte que mi voluntad! ' MALVALOCA.— ¡Pa qué me habré yo acordao ahora...!

LEONARDO.— ¡Si es que este cariño de mi vida ha nacido con este tormento, que salta en el corazón como un dolor dormido, cuando más olvidado estoy de él!

MALVALOCA.— ¡Malhaya! Deja eso, Leonardo. ¡Quién tuviera podé pa arrancarte hasta las raíses de esas malas ideas!

LEONARDO.— Volverían a nacer. ¡Si mientras más te escucho, y te miro y te quiero, más dolor siento de la vergüenza de tu vida!

MALVALOCA.— Leonardo, esto, no: esto, no. Si mi cariño va a sé tu martirio pa siempre, yo me voy de tu lao.

LEONARDO.— ¡Eso, nunca! ¡Eso sí que no!

MALVALOCA.— ¡Pos entonses, mátame!

LEONARDO.— ¡Menos que nada, eso! Te quiero viva, al lado mío; consolándome, haciéndome reír, haciéndome llorar, sufriendo y gozando conmigo; mirando yo tus ojos, besando tu boca, enterrando entre tus cabellos mis manos... Así te quiero, así.

MALVALOCA.— Leonardo, que vas a la locura.

LEONARDO.— ¡No! ¡De la locura me libra un miedo...!

MALVALOCA.— ¿Cuá?

LEONARDO.— *(Mirándola muy fijamente con una ráfaga de demencia.)* Que loco, tal vez podría no conocerte donde te viera.

MALVALOCA.—Ven aquí; loco, más que loco, ven aquí. Cálmate; tranquilisa esa cabesa que te consume. Si yo te quiero a ti na más; si me has vuerto otra; si a mí me pesa más que a ti yevá señales en mi cuerpo... ¿Qué se me importaba a mí de eyas antes de conoserte? Poco menos é ná. Como quien se sacude la nieve me sacudía yo mis pesares. Pero te conosí, me

Librodot

hablaste como nadie, me enseñaste a queré, me sacó tu cariño lágrimas a los ojos... y en aqueyos cristalitos vi claro lo que era yo, lo que eras tú, lo que era mi vía de antes... Y soñé tené un consuelo a tu lao... y tus pensamientos me lo quitan. ¡O sepúrtalos bajo tierra, Leonardo, o méteme bajo tierra a mí, y acabe pa siempre Marvaloca!

LEONARDO.— ¡Bajo tierra!... Como la campana fundida... La idea, la idea... la copla otra vez. Bajo tierra... ¡Ay, si eso no fuera un imposible!

MALVALOCA.— Caya. No nos atormentemos más.

LEONARDO.— *(Recreándose con exaltación dolorosa en su idea.)* ¡Labrar yo tu hermoso cuerpo en cera roja, con sangre de mi sangre; esconderlo en la tierra; echar al fuego en el crisol tus pedazos; purificarlos en la llama viva... y volcar en la tierra ese fuego, y sacarte de ella otra vez, pura, limpia, otra, otra... ¡pero la misma!... nueva, sin mancha, sin pasado ¡pero igual!... con estos ojos, con esta boca, con esta alma grande y buena, en la que se abrasa mi vida!

MALVALOCA.— Caya, caya... ¡Qué locura! ¡Qué sueño? Caya, caya... No yores...

LEONARDO.— Sí, lloro, sí... ¿Por qué no llorar? ¡Sólo lo irremediable merece el llanto de los hombres!

MALVALOCA.— Caya, que siento gente...

LEONARDO.— No me importa...

MALVALOCA.— ¿Será que yega la prosesión?

LEONARDO.— ¿La procesión?

MALVALOCA.— ¿Nos habrán visto desde la caye?

LEONARDO.— No sé... no me importa.

(Juanela, que se acerca, llama dentro a Leonardo.)

JUANELA.— ¡Leonardo!

MALVALOCA.— ¡Tu hermana!

LEONARDO.— ¿Mi hermana?

MALVALOCA.— Sí. Sécate los ojos.

LEONARDO.— Tú también.

(Por donde se fue, vuelve Juanela, seguida de Teresona, Alfonsa y Lobito.)

JUANELA.— Ya está la procesión en la esquina.

LEONARDO.— Ya, ¿verdad?

Librodot

TERESONA.— Buenas tardes.

MALVALOCA.— Buenas tardes.

TERESONA.— Ya viene ahí er Señó.

ALFONSA.— ¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí! ¡Inacio, esplícame tú toas las cozas!

(Los cuatro se acercan a la ventana, apenas salen. Malvaloca y Leonardo se quedan aparte. Principian a oírse lejos, y poco a poco van percibiéndose más claramente, los acordes de la banda del pueblo, que viene detrás del Redentor. Alfonsa, con su admiración espontánea, comenta con Lobito el paso de la procesión.)

TERESONA.— *(A Malvaloca.)* ¿No se aserca usté?

MALVALOCA.— Estoy bien aquí; muchas grasias.

LOBITO.— La Cruz; mía la Cruz.

ALFONSA.— ¡Ay, qué lujoza! ¿Es toa de plata?

LOBITO.— ¡Toa de plata! ¡Y masisa!

ALFONSA.— ¡Azi va er que la yeva de zuando! ¡Ay, los niños!... ¡Mía qué graciozos van con zus velitas cogías con los pañuelos!

LOBITO.— Toa la escuela y toa la academia. Y er que no estrena corbata, estrena sapatos.

ALFONSA.— ¡Ay éze, vestío de angelito! ¡Místelo, tía! ¡Místelo, zeñorita, místelo! ¡Ay, qué preciozo va!

TERESONA.— Ya lo vemos, mujé, ya lo vemos. Mira y caya.

ALFONSA.— ¡Ay, pero zi parecen de crista laz alitas! ¡Ay! ¿quién zerá su madre? ¿Y ezos zeñores, quiénes zon?

LOBITO.— To lo más prinsipá der pueblo. Mía el arcarde.

ALFONSA.— ¿Cuál es el arcarde?

LOBITO.— Aqué de la vara de plata.

ALFONSA.— ¿Aqué de las patiyas?

LOBITO.— Aqué.

JUANELA.— El Señor.

TERESONA.— Er Señó.

JUANELA.— Las flores.

TERESONA.— Las flores.

ALFONSA.— Las flores.

LOBITO.— Vi a desirle a González que lo pare aquí. Y luego me vi a esperarlo a la puerta e la iglesia. ¡A pedirle lo que tú sabes!

ALFONSA.— ¡Que ze lo pías bienl

(Se va Lobito por la puerta del foro, hacia la izquierda. Juanela, Teresona y Alfonsa han ido a la mesa por las flores. Juanela mira bondadosamente a Malvaloca, que permanece algo cohibida, y en un impulso de honda piedad, cogiendo un manojo de flores, se acerca a ella y se las entrega con dulzura para que las arroje al paso del Señor.)

JUANELA.— Tome usted también.

MALVALOCA.— Muchas grasias.

(Se agrupan todas a la ventana entonces. Leonardo sigue aparte, mirándolas. De la calle llegan tenues nubéculas de oloroso incienso. El paso del Señor se ha detenido frente a la reja. El resplandor de sus luces penetra por ella. La banda ha dejado de sonar en tal instante. Las cuatro mujeres echan a Jesús todas las flores prevenidas. Luego oran en silencio. Malvaloca se retira de la ventana, y arrodillada al pie de la mesa de las flores, llora y reza.)

TERESONA.— Una mué va a canta una saeta.

JUANELA.— ¿Quién es?

TERESONA.— No la conozco.

JUANELA.— Y lleva una niña en los brazos.

ALFONSA.— ¡Ah! Es verdá. Parece una rozita.

TERESONA.— Caya.

(La mujer canta dentro, con religiosa unción y voz aguda, la melancólica saeta:)

Señó que al mundo viniste
para remedia sus males,
ampara desde tu Cruz
la rosa de mis rosales.

(Las cuatro mujeres, arrodilladas, se enjugan los ojos. La procesión vuelve o *ponerse en marcha. La banda suena otra vez, y se aleja. Juanela, Teresona y Alfonsa se levantan. Malvaloca sigue de rodillas.)*

Librodot

ALFONSA.— ¡Cómo va er pazo! Ez un ascua de oro.

JUANELA.— ¡Cuánta luz! ¡Cuántas flores!

TERESONA.— ¡Es mucho día éste en Las Canteras! Vamos a subí a la asotea a verlo entra en su Casa.

JUANELA.— Sí que será digno de verse. Vamos.

ALFONSA.— Vamos, vamos.

(Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha. Cuando Malvaloca ve que está sola con su compañero, se levanta, corre hacia él, y sollozando le esconde la cara en el pecho.)

LEONARDO.— *(Acariciándola conmovido.)* ¡Malvaloca!

MALVALOCA.— ¡Yo, contigo! ¡Ampárame tú a mí desde tu cruz! ¡No me abandones nunca! ¡Cuando no me quieras, me matas! ¡Pero, mientras, contigo, contigo!

LEONARDO.— ¡Conmigo, sí! ¡Eternamente desgraciados, pero eternamente dichosos! ¡Abrazados a este dolor, punzándonos las mismas espinas, pero siempre juntos!

MALVALOCA.— ¡Juntos, sí! ¡Contigo!

LEONARDO.— ¡Conmigo!

(Hiende los aires, allá en lo alto, para recibir en su Casa la imagen del que supo perdonar a la pecadora, la primera vibración de la Golondrina, *volteada en su torre por las trémulas manos de Martín el Ciego. Los dos amantes estremecidos, se estrechan más.)*

MALVALOCA.— ¡La *Golondrina*!

LEONARDO.— ¡La *Golondrina*!. ¡Óyela, óyela triunfadora! ¡Obra ha sido de mis afanes!

MALVALOCA.— ¡Tú la fundiste, tú! ¡Óyela, óyela!

LEONARDO.— ¡Canta el amor de todos! ¡Su voz tiene para mi corazón un oculto sentido! ¡Yo también fundiré tu vida al calor de mis besos, con el fuego de este loco amor, tan grande como tu desventura!

MALVALOCA.— ¡Contigo, contigo!...

(La Golondrina, *que comenzó a sonar con campanadas lentas y graves, repica ya en los aires alegre, con vibraciones de victoria, anunciándoles a los campos y al pueblo que nace a nueva vida.)*

Librodot

Fin del drama

Fuenterrabía, septiembre, 1911.

Madrid, marzo, 1912.

Librodot